EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA RAZON Y LA PASION,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

D. MANUEL VALCÁRCEL y D. ENRIQUE BEDMAR.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1882.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1881.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Abismo sin fondo	1	D. Enrique Zumel	Todo.
Amor á la patria	1	D.ª Rosario de Acuña	»
Correnixetes	1	D. E. Escalante	»
Del mal el ménos	1	Sres. Navarro y Gorriz	Mitad.
De órden del general	1	D. E. Navarro	Todo.
Dimax XIII	1	S. Ovara	»
El ante-palco	1	N. N.	»
El grito de independencia	1	Enrique Cevallos	»
El rey de les Criailles	1	E. Escalante	»
El tio Palomo	1	Remigio Vazquez	»
El último sacrificio	1	Sres. G. de los R. y Utrilla	»
En berlina	1	Lasala y Blasco	»
La avarisia romp el sac	1	D. Juan Colon	»
La primera hazaña	1	N. N.	»
La chala	1	E. Escalante	»
La consoladora	1	F. Palanca	»
La cruz de Mayo	1	Emilio Álvarez	»
Las travesuras de Lola	1	Manuel Cuartero	»
Los ángeles de la tierra	1	Juan Utrilla	»
Los sucesos de Orán	1	Emilio Leal	»
Los consuegros	1	Enrique Zumel	»
Mala-sombra	1	Sres. Granés y Navarro	»
Modesto Gonzalez	1	Sres. Lasala y Palacios	»
No t'estiris	1	D. Joaquin Aguilar	»
Noche buena y noche mala	1	Sres. Navarro y Caballero	Mitad.
Palabra de honor	1	D. Eduardo Navarro	Todo.
Per tres pesetes y mícha	1	J. Ovara	»
Propietaris y colonos	1	J. B.	»
Tenorio y Mejia	1	Leandro Torromé	»
Un triunfo de Calderon	1	Juan de Alba	»
Abdicar á tiempo	2	Eduardo Navarro	»
Amnistía general	2	E. Segovia Rocaberti	»
El centenario en la aldea	2	P. Moreno Gil	»
Las ranas pidiendo rey	2	L. Mariano de Larra	»
Amor y Arte	3	E. Gaspar	»
El desquite	3	Ceferino Palencia	»
El gran Galeoto	3	José Echegaray	»
El Bort	3	J. B.	»
En el valle de Silay ó la expiacion de un malvado	3	José Sierra	»
Enseñar al que no sabe	3	M. Echegaray	»

LA RAZON Y LA PASION.

LA RAZON Y LA PASION,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

D. MANUEL VALCÁRCEL y D. ENRIQUE BEDMAR.

Teatro de la ALHAMBRA. Octubre 1881.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1882.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL	Srta. Casado.
TERESA	Sra. Bueno.
EL BARON ALFREDO DE OLBACH.	Sr. Jáuregui.
EL CONDE D'HERBEÉ	Tomás.
EL DOCTOR.	Unturbe.
JORGE	Barta.
UN JUEZ DE PAZ	Infante.
MÉDICO 1.°	Tors.
MÉDICO 2.°	Triviño.
Acompañamiento.	

La accion en el Castillo de Olbach (Francia) á principios del siglo.

Por derecha é izquierda entiéndase las del espectador.

Las frases entre paréntesis son apartes.

Á LA SEÑORITA

DOÑA LUISA CASADO.

Interpretando primorosamente el carácter de Isabel, se presentó usted al público por vez primera, y en confirmacion de las esperanzas que habíamos fundado en su genio artístico, el público la acogió con frenéticos y merecidos aplausos: el recuerdo de la ovacion que supo usted alcanzar en el acto tercero, no se borrará nunca de la memoria de usted ni de la nuestra: la obra en que la obtuvo, á usted pertenece; dedicándosela, pues, cumplen un deber, y satisfacen los sentimientos de su cariñosa amistad sus entusiastas apasionados

Q. S. P. B.

Los Autores.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un salon del castillo: en el fondo una puerta grande que da al vestíbulo; á la derecha otras dos la de primer término comunica con las habitaciones del Conde; las de segundo con las de Isabel: entre las dos puertas una mesa con recado de escribir; á los lados de ella dos sillones. Á la izquierda dos ventanas que dan al parque y una chimenea entre ambas. Es de noche y la estancia está alumbrada por un quinqué. Á los costados de la chimenea otros dos sillones.

ESCENA PRIMERA.

TERESA y JORGE.

TERESA. Sabes en qué pienso?
JORGE. En qué?
TERESA. En qué está tu distracion,
que va á transcurrir un dia
tan feliz como lo es hoy,
sin que un recuerdo dediques...
JORGE. Un recuerdo?
TERESA. Eres atroz!
¿No estamos á veinte y uno?
JORGE. Si... y mañana á veinte y dos.
TERESA. Pues bien, es que hoy hace un año...

JORGE. Un año de qué?...
TERESA. ¡Bribon!
¿No me atrapaste en tal fecha?
JORGE. El atrapado fuí yo!
TERESA. ¡Qué gracioso!
JORGE. No lo digo
como gracia, sino por...
TERESA. Por qué? Sepámos, explícate.
JORGE. Porque llevo la razon.
TERESA. Á qué te casaste entónces
conmigo?
JORGE. Por un error.
TERESA. De cálculo?
JORGE. Yo no digo...
TERESA. Pero basta la intencion.
¡Como no encontraste *el gato*
con que soñabas!...
JORGE. ¡Horror!
¿Vas otra vez á traerme
aquel gato á colacion?
TERESA. ¡Pues no he de traerlo!... Siempre;
tu te figuraste...
JORGE. ¡Ay, Dios!
¿Por qué me trajo al castillo
la enfermedad del baron?
TERESA. ¿Te lamentas?... Á tal amo
tal criado...
JORGE. Ten mejor
lengua y de mi señorito
no digas...
TERESA. Por qué razon?
JORGE. Porque yo le quiero mucho.
TERESA. ¡Toma! Tambien quiero yo
al Conde, y tú le criticas,
y dices que si es gruñon,
y avaro, y viejo... y...
JORGE. Yo digo
la verdad.
TERESA. No tal...
JORGE. Sí?
TERESA. No!
Ademas yo le he servido...

toda mi vida, le estoy
obligada, y no quisiera...

JORGE. Lo mismo con mi señor
me sucede...

TERESA. Quizá; pero
el Conde tiene en su pró
la nobleza de carácter,
el desinterés...

JORGE. ¡Qué horror!
¡Desinteresado el Conde!

TERESA. Él, con noble corazon,
á la infortunada madre
de la señorita dió
asilo en su casa, y ambas
le deben...

JORGE. Fué buena accion;
más, la madre, era su hermana,
la hija su sobrina, y no
podía hacer otra cosa
cumpliendo su obligacion.

TERESA. Pero es que á más de tenerlas
con lujo y con explendor,
cuando murió la señora...

JORGE. Sí, ya sé, quedó la union
del Conde y de su sobrina
ajustada; pero yo,
como no apruebo ese enlace,
como conozco mejor
que tú el mundo, sé que nunca
abrirá su corazon
la señorita Isabel
á ese viejo, que cedió
de la gratitud llevada,
que nunca le tuvo amor,
y, en fin, que ese no es marido
para una jóven.

TERESA. Ya estoy
en tu plan: tú la darias
otro así... como el baron.

JORGE. Quién sabe...

TERESA. ¿Y por qué?... Responde,
¿por qué cuando mi señor

es tan bueno, le rechazas?
por qué á ese mancebo huron,
aturdido y calavera
prefieres?

JORGE. Porque es mejor.

TERESA. Mejor fuera si guardase
más respeto y sumision
al Conde, que es su pariente,
y es ademas su tutor.

JORGE. Pues en qué le falta?...

TERESA. ¡En nada!
en que nunca á la razon
obedece; en que se opone
á todo, y acá *inter-nos*,
en que está lelo hasta el punto
de que creo hace el amor
á la señorita...

JORGE. ¡Calla!

TERESA. ¡Si eso es claro como el sol!

JORGE. No hay tal cosa.

TERESA. ¡Si ese jóven
tiene la imaginacion
dislocada...

JORGE. Tú qué sabes!

TERESA. ¿Pues, por qué está aquí el doctor?

JORGE. Por si le vuelve la fiebre.

TERESA. ¡Ya!... Conque es por precaucion?

JORGE. Sí... pero estamos charlando
mientras que marca el reloj
las ocho, y esta es la hora
de asistir á la funcion
que dan los primos del Conde
en su quinta.

TERESA. (Levantándose.) Cierto... y yo
que á la señorita debo
vestir en su tocador,
me estaba aquí.

JORGE. Ve al mamento,

(Váse Teresa por la segunda puerta lateral derecha, y entra el Doctor por el fondo vestido de etiqueta.)

ESCENA II.

JORGE, el DOCTOR.

JORGE. Esta mujer es feroz;
todo lo critica...

DOC. Jorge,
y Alfredo?...

JORGE. Señor Doctor,
está en su cuarto vistiéndose:
¿quereis que le avise?

DOC. No.
aquí le espero. ¿Y Teresa?

JORGE. Ha entrado en el tocador
de la señorita: libre
de sus rarezas estoy
por un rato.

DOC. Habeis reñido?

JORGE. Como siempre.

DOC. Es de cajon.

JORGE. ¿Permitís que una consulta
os haga?

DOC. Sí.

JORGE. Pues, señor,
decidme: ¿tiene la ciencia
que tambien practicais vos
recetas contra las viejas?...

DOC. Tú siempre de buen humor.

JORGE. Como sois especialista...

DOC. Pero en eso no lo soy.

JORGE. ¿Y en achaques de tontuna
y chismografía?...

DOC. El mejor
remedio contra los necios
es no escucharlos...

JORGE. Pues yo
creo que hay otro.

DOC. Cuál?

JORGE. Uno
contundente...

DOC. Eres atroz.
JORGE. Soy lo mismo que mi amo.
DOC. Jorge!...
JORGE. Muy puesto en razon
cuando trata con quien sabe
oirla, pero al que no,
se la hace tragar... Hoy mismo
con el administrador
del Conde, de ese sistema
ha usado.
DOC. Quién?
JORGE. El Baron.
DOC. ¿Y por qué?
JORGE. Porque aquel pícaro
á un mísero arrendador
cargado de hijos, quería
prender por atrasos.. vos
tambien le hubiérais valido...
DOC. Sin duda; mas tu señor
no debe en tales asuntos
entrometerse.
JORGE. Sí.
DOC. No.
Jorge; Alfredo es generoso,
sus nobles arranques son
dignos de alabanza, pero
dan márgen á su tutor
para que le llame pródigo...
y estos precedentes...
JORGE. ¡Oh!
lo que hay en esto, es que el
Conde tiene ojeriza al Baron,
porque es bueno y desprendido,
y recela... ¡qué sé yo!...
más vale callar...
DOC. (¡Qué es esto?...)
Explícate.
JORGE. La ocasion
no es propicia; pero el Conde
es ya viejo, mi señor
es jóven... y hay quien presume
que si puesta entre los dos

una mujer.

DOC. Calla... Alfredo
se acerca...

JORGE. Entónces, chiton.

(Entra Alfredo por el fondo vestido de etiqueta.)

ESCENA III.

DICHOS, el BARON.

BARON. Cómo, Doctor, me esperabais
ya vestido?

JORGE. Há poco entró...

DOC. No soy calmoso...

BARON. Isabel
aún no estará...

JORGE. No señor.

BARON. (Al Doctor.) Y mi tutor, vendrá acaso?...

DOC. Hace poco pretextó
que ciertos quehaceres...

BARON. (Con alegría.) Sí?

DOC. Esto y su salud, razon
le dan para que se quede.

JORGE. (Hace bien.)

DOC. Y como yo
os acompaño...

BARON. Mil gracias:
Jorge, dí que enganchen.

JORGE. Voy.

(Váse por el foro.)

ESCENA IV.

EL DOCTOR, el BARON.

BARON. Conque venís?

DOC. Me complace
observar vuestra alegría:
seguid así, y á fe mia
que vereis cuál se rehace
vuestra salud...

BARON. ¡Ah! Doctor,
sé bien que el pesar me daña;
pero no puedo á su saña
dar tregua; oculto dolor
siempre á mi anhelo responde,
y es sólo el placer que siento
rayo de sol que un momento
rasga el nublado y se esconde.
DOC. ¿Mas por qué sufrís así?
BARON. Tengo herida el alma...
DOC. ¡Bah!
Buscad distraccion, y ya
vencereis su frenesí.
BARON. No es posible...
DOC. Las dolencias
cuando provienen del alma,
se curan sólo con calma,
calma, sin intermitencias.
BARON. Pero si en profundo duelo
comprendo que mi alma absorta
volar quiere, y álguien corta
las alas que tiende al cielo.
Si mi ardiente corazon
forja un ídolo inmortal,
y con su frio glacial
lo aniquila la razon.
Si visto en sueños la duda
con las galas del deseo
y al despertar, sólo veo
la horrible verdad desnuda.
Qué he de hacer sino gemir
ni qué calma he de buscar?
Doctor, dejadme soñar
para que pueda vivir.
DOC. Y por qué dejais que avance
el mal que en vos se concentra?
¿Amais algo que se encuentra
más allá de vuestro alcance?
Pues bien, decídmelo, Alfredo.
BARON. No, romperia ese encanto
que es mi delicia y mi llanto,
que es mi bien, y me da miedo.

DOC. Pero amais?
BARON. No sé, Doctor...
mas... ¿qué digo? Si yo amara
quizá se regenerára
mi vida con el amor:
quizá su celeste aliño
sería mi providencia,
pero en mi triste existencia
nunca brotará el cariño.
DOC. Que sois fatalista pienso.
BARON. Soy como templo arruinado
al que albergar ya no es dado
ni la oracion ni el incienso.
Soy ave que el vuelo guía
al cielo desde alto monte,
y nunca ve en su horizonte
brillar el astro del dia.
Soy un eco que al morir
la voz que su acento labra,
sigue amando una palabra
que ya no puede decir.
DOC. ¿Nadie pues os corresponde?
BARON. Tal vez sí, mas le es vedado...
DOC. (Lo que Jorge me ha indicado...
lo que quizás teme el Conde.)
Vaya, el tormento más cruel
al fin su término alcanza;
dad abrigo á la esperanza...
BARON. Callad, que viene Isabel...
(Entra Isabel por la segunda puerta lateral de la derecha en traje de sociedad.)

ESCENA V.

DICHOS é ISABEL.

DOC. Señora.
ISABEL. Alfredo... Doctor...
el cielo os guarde... ¿He tardado?
BARON. Oh!... no tal; vuestro tocado
breve ha sido...
ISABEL. Y en rigor

para donde vamos...

DOC. Justo.

ISABEL. Aunque este traje es sencillo,
siendo el dueño del castillo
primo del Conde... ¿Es de gusto
mi peinado?

DOC. Es elegante.

BARON. Con tan bella cabellera...

DOC. ¿Pero no ostentais siquiera
ni una perla ni un diamante?

ISABEL. Huyo de la ostentacion...

BARON. Haceis bien.

ISABEL. Y como llevo
este brazalete nuevo,
y ademas el medallon. .

BARON. ¡Ah! sí, esa joya es preciosa...

ISABEL. Á mis recuerdos responde.

DOC. ¡Y cuánto la ansía el Conde!...

ISABEL. Mientras no sea su esposa
aguardará, aunque no cuadre
á su afan.

DOC. Es lo sensato.

ISABEL. Tiene á un lado mi retrato,
y al otro está el de mi madre.
(Abriendo la joya y mostrándola.)
Bien que ya la visteis...

DOC. Sí;
y entiendo del Conde toda
la eficacia que en su boda
logrará...

BARON. (¡Triste de mí!)

ISABEL. No se ha realizado ya
esperando la dispensa...
Pero mi tio, en qué piensa?
¿No va á venir?

DOC. Aquí está.

(Entra el Conde por la primera puerta lateral derecha.)

ESCENA VI.

DICHOS, el CONDE.

ISABEL. Querido tio; impacientes
esperábamos... el baile
nos aguarda... ¿vamos?
CONDE. Siento
que hayais esperado en valde.
ISABEL. ¡Cómo! No venís? Entónces
tampoco iremos...
CONDE. Privarte
no pretendo de esa fiesta:
nada importa que yo falte.
BARON. Y que pensarán?
CONDE. Vosotros
cuidareis de disculparme:
decid... que estoy indispuesto...
ISABEL. Pero es así?
CONDE. (Sonriendo.) No estoy grave,
descuidad: una dolencia
muy ligera, en fin, achaques
de la edad...
DOC. Tal vez saliendo...
ISABEL. Hace buena noche... el aire
quizá os despeje...
BARON. Eso mismo
iba á decir...
CONDE. Me complace
que opineis como Isabel;
pero he resuelto quedarme,
y no es capricho...
BARON. (Con alegría.) Sin duda...
DOC. (Se vende.)
CONDE. ¿Veis cómo aplaude
Alfredo mi plan?
DOC. Él cree...
ISABEL. Que yo con vos debo estarme.
CONDE. Tú, Isabel? Bueno sería

2

que yo quitara á ese baile
el mejor y más cumplido
de sus encantos! Robarte
á la admiracion de todos!...
mi avaricia no es tan grande.

ISABEL. Oh! no! mas...

CONDE. ¿Qué se diría
del que teniendo un diamante
tan raro por su pureza
como rico en sus quilates
codicioso lo escondiese
sin dejarlo ver á nadie?...
¿qué se diría? Que Alfredo
responda...

BARON. (Con ira y vaguedad.) Que un miserable
era el poseedor...

CONDE. Bien dicho,
y yo no quiero esa frase
merecer...

ISABEL. (Habla de un modo...)
Mas qué decidís? ya es tarde,
y... ¿Quereis que aquí se quede
Teresa?

CONDE. Que te acompañe
es mejor.

BARON. Vamos?

ISABEL. Tan sólo
iré ya, porque no extrañen
nuestra falta... Volveremos
pronto...

CONDE. No hay que apresurarse.
Adios.

DOC. Yo vendré en seguida
que los deje.

CONDE. Gracias.

BARON. (Á Isabel.) Dadme
el brazo...

CONDE. (Interponiéndose.) No, el Doctor debe
ser su guia...

ISABEL. Dios os guarde.

(Alfredo contrariado por el Conde deja salir á Isabel con el Doctor, y desde la puerta lanza una ira-

cunda mirada al Conde, el cual se lo queda mirando tambien. Vánse todos por el fondo ménos el Conde.)

ESCENA VII.

EL CONDE.

Rasgóse ante mi conciencia
el velo ruin del error;
mis celos son ya evidencia:
¡mientras más mudo el amor
tiene mayor elocuencia!
Con pasion devoradora
Alfredo á Isabel adora...
pero... y ella... ¿le ama á él?...
¡Ni una sombra acusadora
ví en los ojos de Isabel!...
Por su frente tersa y pura
campo de nívea blancura,
que luz del cielo destella,
¿cómo sin marcar su huella
pasaría la impostura?
¡No! no le ama, es mentira,
mi suspicacia delira;
los celos todo lo abultan...
¿pero á qué mujer se ocultan
los sentimientos que inspira?
Ella los podrá ignorar
todavía... es candorosa;
¿mas quién con la llama al dar
se atreve á garantizar
la vida á la mariposa?
¿Qué me cumple, pues?.... Qué valla
pondré á ese amor que camina
cauteloso, y obra y calla?...
¿Él ha cargado la mina?
¡Pues que perezca si estalla!
¡Resuelto estoy! Mi sentencia
es perderle... eso me toca.
Mas .. ¿cómo?... Oh!... sí... su dolencia,

la historia de su ascendencia,
su madre que murió loca...
¡Eso es!... Su orgullo osado;
así caerá anonadado...
pero... ¿y si cae mi doblez?
No, la fuerza no ha triunfado
de la astucia ni una vez.
Mia es sin duda la clave;
preso en mi maquiavelismo,
¿quién abrir su cárcel sabe?
¡El secreto está en la llave
y la arrojo en el abismo!...

ESCENA VIII.

EL CONDE, el DOCTOR.

Doc. Señor Conde...
Conde. ¿Ya de vuelta?
Doc. Quise venirme en seguida
para acompañaros... ¿cómo
os encontrais?
Conde. Ya principia
á ceder algo el dolor
de cabeza.
Doc. Os es precisa
más tranquilidad...
Conde. Acaso:
mas tantas cosas excitan
mi atencion .. El mismo Alfredo
con sus extrañas manías
me da en que pensar no poco.
Doc. No hagais caso.
Conde. No lo haría,
si sólo de pequeñeces
se tratase... ¡mas su vida
es tan escéntrica!
Doc. Tiene
arranques de fantasía,
es verdad: su poderosa
imaginacion se inspira

en los grandes sentimientos,
y tanto los poetiza,
que hasta de la vida práctica
hace un poema...

CONDE. La misma
propension, llevó á su madre
á la demencia.

DOC. Tristísima
es la condicion humana;
si las afecciones íntimas
del espíritu, en su impulso
son exajeradas, privan
á la razon; y al contrario,
cuando la razon domina
al sentimiento, el espíritu
se empequeñece y se abisma.

CONDE. Por eso son mis temores;
porque Alfredo se alucina
fácilmente y sus arranques
generosos, le desvían
de la prudencia... su madre
lo mismo que él, entendía
por caridad el dispendio
de su fortuna, y tan fija
siempre estaba en tal idea,
que por precaver su ruina
hubo que incapacitarla.

DOC. ¡Dura cosa!

CONDE. Mas precisa.

DOC. Sin embargo...

CONDE. No hay recurso,
Doctor; cuando por desdicha
álguien traspasa los límites
de la razon, sus medidas
debe tomar la prudencia.

DOC. Pero la prudencia misma
aconseja...

CONDE. Que remedio
se ponga al mal... Hace dias
que la conducta de Alfredo
es necia, sino ridícula:
su asignacion de tres meses

ha gastado ya, y se obstina
en ocultar el empleo
de cantidad tan crecida.
Ademas, al pueblo baja
y á los colonos visita,
y si lástimas le lloran,
él, les perdona en seguida
la renta de uno ó más años;
de modo que cuando gira
mi administrador, le salen
todas sus cuentas fallidas.
Este desórden no puede
durar.

(Aparece Jorge en la puerta del foro con una carta.)

ESCENA IX.

DICHOS y JORGE.

JORGE. Señor, para usía
traen esta carta...

CONDE. Á tal hora,
es extraño...

JORGE. (Mala espina
me da el papelito.)

CONDE. ¡El sello
del juzgado!

DOC. (La misiva
le sorprende.)

CONDE. Con permiso
Doctor...

DOC. (Aquí hay un enigma
extraño... ó el Conde lucha
movido por la codicia,
ó tiene celos; Alfredo
de todos modos peligra,
y si su razon, ya débil,
se exaltara en demasía
por cualquier azar, el Conde
acaso...)

CONDE. Ved qué desdicha,

Doctor, parece que Alfredo
contra sí mismo conspira.

DOC. Pues qué ocurre?

CONDE. Que esta tarde,
porque á proceder ya iba
mi administrador, en contra
de un colono, ciego de ira
se opuso violentamente...
El juez me lo notifica
porque hay ya procedimientos
incohados...

JORGE. (Lo temía.)

CONDE. Mi administrador me escribe
tambien... cuenta su desdicha,
y como la accion de Alfredo
le impide venir, me avisa.

DOC. Pues qué hizo con él?

CONDE. Lo ignoro.

JORGE. (Yo, no; le rompió la crisma.)

CONDE. Conque ya veis... ¿qné hago ahora?

DOC. Vuestra influencia es tenida
en mucho, y podreis acaso
parar el golpe, esa riña
es una calaverada
de jóven, que nada implica
en contra de Alfredo; al punto
escribid al juez, y sirva
vuestra respuesta de...

CONDE. Entiendo...
Venid, Doctor, vos mi guia
sereis...

DOC. Vamos...

(Vánse por la primera puerta lateral derecha.)

ESCENA X.

JORGE, sólo.

Está visto;
aquí se trama una intriga
contra mi amo; este viejo
no es un hombre, es una víbora,

y hay que vivir muy en guardia
ó armarle una zancadilla.
¡Que del Baron tenga celos
cuando tal vez ella misma
ni su pasion ha entendido
ni él se ha atrevido á decirla!
Pero qué ruido? Veamos.
(Se asoma á la ventana del segundo término y la deja entornada.)
Es el coche... repentina
fué la vuelta...

CONDE. (Desde dentro.) ¡Jorge!

JORGE. El Conde
me llama! Pues á fe mia
que lo siento... yo quisiera
(Suena dentro un timbre.)
decirle al Baron. ¡Qué prisa!
¡viejo más impertinente!
(Váse por la primera puerta lateral derecha. Entran Isabel y el Baron por el foro.)

ESCENA XI.

ISABEL, ALFREDO.

ISABEL. No dirá que es el regreso
tardío...

ALF. No tal, más eso
es lo que precisamente
me enoja: de la funcion
hemos dejado el bullicio
cuando al contento propicio
se hallaba mi corazon;
cuando en su dulce vaiven
el baile nos embriagaba,
y á vuestro lado soñaba
con las glorias de un eden.
(Isabel se sienta al lado de la mesa.)

ISABEL. (Qué exaltacion!)

BARON. En tal noche
compendio mi vida entera.

ISABEL. (Le distraeré.) Á esta pulsera
desprender no puedo el broche:
á ver si vos...

BARON. Cómo ¿yo?
(¡Si la va á abrasar mi mano!)
(Intenta abrir la pulsera y no puede.)
Juzgué que el caso era llano;
pero no es tan fácil.

ISABEL. No?

BARON. Torpe estoy!

ISABEL. De la juntura
tirad: es cosa sencilla...

BARON. Veré...
(Se arrodilla para desabrocharla mejor.)

ISABEL. ¿Doblais la rodilla?...

BARON. Me postro ante la hermosura.

ISABEL. ¡Siempre igual! Por fin la abrí!...
Alzad!
(Se ha quitado la pulsera ántes de que el Baron, despues de arrodillado, haya podido ayudarla.)

BARON. De poco he servido!

ISABEL. Cómo estais tan abstraido!
¿quereis colocarla ahí?
(Indicando la cornisa de la chimenea. El Baron toma la joya y la pone encima.)

BARON. Dadme...

ISABEL. El medallon tomad
ahora.
(Le da el medallon, y él al tomarlo, queda profundameute abstraido.)

BARON. (Válgame el cielo!
y esta joya que es mi anhelo,
tendré la fatalidad
de que el Conde...)

ISABEL. (Su abstraccion
no hay recursos que la atajen.)

BARON. (¡Si yo pudiera su imágen
arrancar del medallon!
¡No hay medio!...)
(Deja la joya encima de la chimenea, pero sin apartar los ojos de ella.)

ISABEL. (Suspenso está

otra vez: su fantasía
en su mismo fuego un dia
acaso se extinguirá...
Quiero alentarle y no puedo...)
Qué pensais? Qué os atormenta?
si es que sufrís, dadme cuenta
de vuestro dolor, Alfredo.
Entre los dos no hay distancia,
puro afecto nos reune,
el parentesco nos une;
junta corrió nuestra infancia.
Madres amigas tuvimos,
que se amaron tiernamente,
y ambos indistintamente
en sus regazos dormimos.
Ved si mi cariño fiel
quisiera daros la calma.
¿Qué teneis? Decid...

BARON. ¡Que el alma
siento anegárseme en hiel!
que un anhelo indefinible
arde en ella, que me inflamo
con mis esperanzas, ¡qué amo!

ISABEL. Qué amais?

BARON. ¡Amo lo imposible!

ISABEL. Lo imposible!

BARON. (¿Qué iba á hacer?)
Amo con loca ansiedad
á un ser que en su vaguedad,
ni es un ángel ni es mujer...

ISABEL. ¡Oh! no entiendo...

BARON. Amo una sombra,
que acaso mi mente inventa;
no sé en que region alienta,
ignoro cómo se nombra:
Veo apenas su arrebol
y huye de mi ardiente halago,
como la bruma del lago
del primer rayo del sol.

ISABEL. Mas ese deliquio inerte...

BARON. Me seduce: no me pasma:
quien me aterra es el fantasma

cruel, que preside mi suerte.
Voy de un mar por el desierto,
luz ténue me presta amparo
y él de pronto apaga el faro,
que me señalaba el puerto.
Brota una fuente escondida
de mi vida en el erial,
y él me ciega el manantial
cuyas aguas me dan vida.
Al cielo con ansia invoco,
y muere mi ruego en él...
¡ay! Isabel!... Isabel!
yo voy á volverme loco!

ISABEL. Callad, Alfredo!... callad:
Dios de mi pena es testigo!...

BARON. ¡Oh! mis dolores bendigo
si en vos encuentran piedad.
¿Llorais?

ISABEL. Es flaqueza nuestra...

BARON. Eco sólo encontraría
una alma como la mia,
en otro como la vuestra.

ISABEL. (¡Oh!... qué dice?)

BARON. Nadie aquí
me comprende, con sarcasmo
van matando el entusiasmo
única luz que hay en mí.
Sueño con la inmensidad,
sueño que en vos me responde...

ISABEL. Álguien se acerca... Es el Conde...

BARON. Siempre al fin la realidad!
(Entra el Conde por la primera puerta lateral derecha, llevando en la mano la carta que le entregó Jorge.)

ESCENA XII.

DICHOS, el CONDE.

CONDE. Poco tiempo en la funcion
estuvisteis...

BARON. Si á fe mia.

ISABEL. Os prometí que vendría...
CONDE. Bien lo has cumplido. Baron,
tengo que hablaros.
BARON. Dispuesto
me hallais...
CONDE. Pues de este papel
enteraos... Tú, Isabel,
recógete ya...
(El Conde da al Baron la carta, y este empieza á leerla con indiferencia.)
ISABEL. (Qué es esto?...)
(Váse Isabel por la segunda puerta lateral derecha.)

ESCENA XIII.

EL BARON, el CONDE.

BARON. Ya estais complacido... qué
teneis que decirme?
CONDE. Extraña
es vuestra pregunta: tengo
que deciros, que hoy acaba
con vos mi benevolencia:
que á vuestra osadía trabas
pondré, y en fin, que si vuelven
á formaros una causa,
dejaré que la justicia
contra vos proceda.
BARON. Gracias
os doy por vuestra advertencia:
más sabed que no me espantan
procedimientos inícuos
cuando de acorrer se trata
á un desgraciado.
CONDE. ¿Qué escucho?
Mi administrador recauda
y apremia cuando dispongo.
BARON. Le rogué que dispensara
al colono, breve tiempo,
pensando dejar saldada
con mis fondos esa cuenta;
contestó en malas palabras,

y entónces...

CONDE. Le maltratásteis?

BARON. Cosa leve... no llevaba
ni látigo ni baston...
(Queda profundamente abstraido mirando las joyas de Isabel.)

CONDE. Pues bien: vuestra loca audacia
yo refrenaré...

BARON. En buen hora.

CONDE. Quién tolera esa insensata
conducta? (¡Estoy asombrado!...
Cuando otras veces se exalta
por lo más mínimo, ahora
ni aún me atiende...)

BARON. (¿Y esa alhaja
ha de ser del Conde?... Nunca!
¡Si yo pudiera!)

CONDE. Me pasma
vuestra actitud impasible...
¿Es desprecio á mis palabras?...

BARON. No tal... (Si de aquí saliese...)

CONDE. Señor Baron; no me basta
vuestra aquiesciencia, es preciso
que de una manera clara
expliqueis vuestra conducta,
ya en lo que de vos reclama
mi fiel administrador,
como en los gastos.

BARON. Sobrada
explicacion os he dado:
¿qué más quereis?

CONDE. Que arregladas
se vean vuestras acciones
á lo justo, y vuestra fama
no sufra, dando motivo
á que las gentes sensatas
por loco os tengan.

BARON. ¿Por loco?
¿Qué osais decir, Conde?

CONDE. Basta.

BARON. Teneis razon!... (Reportémonos
por esta vez...)

CONDE. (Mi asechanza
inútil ha sido, extraño
es en su carácter...

BARON. Trata
de exasperarme; no importa,
logré mi objeto, y mañana...)

CONDE. Aún estais aquí?

BARON. ¿Os estorbo?

CONDE. La hora es bastante avanzada
y trato de recogerme.

BARON. Bien; hacedlo...

CONDE. Es que esta estancia
sabeis que tengo costumbre
de cerrar.

BARON. (¡Lo sospechaba!
¡Qué contratiempo!)

CONDE. Por tanto...

BARON. (Qué haré? Oh! dicha!... Esa ventana
está abierta... si se fuese
sin verlo...)

CONDE. (Qué inusitada
insistencia.) Buenas noches,
señor Baron.

BARON. Dios su guarda
os dé. (La ocasion es mia.)

(Váse el Baron por el fondo. El Conde, cuando lo marca el monólogo, cierra con llave la puerta del mismo fondo.)

ESCENA XIV.

EL CONDE, solo.

No comprendo lo que pasa!
Pensé exasperar á Alfredo,
y con prudencia, con calma,
mi plan ha desconcertado...
Para que obre así, una causa
tiene que haber... Su insistencia
en quedarse en esta sala...
su distraccion... Oh! no hay duda,
aquí hay algo que le llama;

que acaso á volver le incite...
¡Pues por Cristo que frustrada
verá su intencion! Cerremos
esta puerta que á las gradas
da del zaguan: estas otras...
al interior de la casa
comunican... así queden...
Pero... ¡cómo? esa ventana
está abierta... ¿Esto es propósito...
ó casualidad? Me asaltan
mil dudas... ¿Mas no es Alfredo
(Se ha acercado á la ventana y mirado por ella.)
aquel? Sí; la luna es clara,
y lo deja ver... El parque
cruza y se dirige á el ala
del castillo donde tiene
su habitacion... Ya traspasa
la puerta... Respiro! Brilla
luz en su cuarto... ¡La apaga!
No: su reflejo en los vidrios
luce de la sala de armas...
Oh! ya... sale... hácia este lado
viene... Apaguemos la lámpara,
así veré sin ser visto...
¿Estoy soñando? Una escala
trae... la desarrolla... al muro
se acerca... ya en la ventana
clavó sus garfios... ya sube...
(Suena un golpe en la ventana.)
¡Oh! ¿qué intentará?
(Se retira de la ventana situándose en último término. El Baron aparece en el alfeizar.)

ESCENA XV.

EL CONDE, el BARON.

BARON. (Mi audacia
há triunfado! Á la derecha,
esto es...)
CONDE. (Ya entró.)

BARON. (La alhaja
es mia!)
(Cogiendo el medallon de la cornisa de la chimenea, y besándolo con efusion.)

CONDE. (Será ella cómplice?)

BARON. (Marchemos.) (Dirigiéndose á la ventana.)

CONDE. (La retirada
le cortaré.)
(Se coloca en el hueco de la ventana.)

BARON. Oh! ¡Quién?
(Tropezando con el Conde.)

CONDE. ¡Teneos!

BARON. Rayo del cielo! ¿Quién trata
de estorbarme?

CONDE. ¡Atrás!

BARON. (Sacando una daga.) Sois muerto
si al punto no dejais franca
la salida!

CONDE. ¡Miserable,
tente! (Luchando con el Baron.)

BARON. ¡Nunca!

CONDE. ¡Ah! de la casa!

BARON. ¡Silencio!

CONDE. ¡Luces!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS é ISABEL, que aparece la primera entrando por la puerta que ántes salió: en pos de ella aparece TERESA, el DOCTOR y JORGE salen por la puerta primera derecha, éste con luces. El Baron, al oir la voz de Isabel, baja el puñal ó daga qne tenía alzada contra el Conde.

ISABEL ¡Alfredo

BARON. ¡Isabel!

DOC. ¡Qué es lo que pasa? (Pausa corta.)

CONDE. Ya lo estais viendo!

ISABEL. ¡Explicaos!

CONDE. (La ocasion de mi venganza
es ésta.)

DOC. Hablad.

CONDE. Ese loco
ha escalado la ventana
para asesinarme.

ISABEL. Cielos!

DOC. Loco decís!

CONDE. ¿Os estraña?

DOC. Señor Conde!

CONDE. Que conteste
sinó que explique la causa
de su escalamiento...

BARON. (¡Oh! nunca!)

ISABEL. Alfredo!

CONDE. Ya lo veis: calla.

DOC. Responded...

BARON No por mi vida!

ISABEL. Decidnos...

BARON ¡Ni una palabra!

DOC. Baron...

BARON. Dejadme... Estoy loco!
Lo ha dicho el Conde? ¡Pues basta!
(Isabel que ha avanzado hácia Alfredo con ansiedad, retrocede, vacila y se apoya en el brazo del Doctor. El Conde señala á Alfredo con expresion de triunfo, y él se le queda mirando con ira. Jorge baja la cabeza con expresion de sentimiento, y Teresa queda asombrada. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, TERESA, JORGE.

TERESA. Pues, señor, lo que tú has dicho
será muy bueno y muy santo;
pero no me satisface.
JORGE. Es que tú tienes los cascos
muy duros.
TERESA. Lo que yo tengo
es muy buena vista.
JORGE. Salvo
cuando no ves más allá
de tus narices, ni un palmo.
ISABEL. Es inútil la disputa:
del hecho que comentamos
nadie explicacion encuentra.
JORGE. Pues yo creo que mi amo,
al revés de lo que dijo,
tiene su juicio muy sano.
ISABEL. Yo tambien; pero es lo cierto
que justamente irritado
el Conde por su inaudito
proceder, sin alzar mano

estuvo toda la noche
escribiendo; que al juzgado
acudió al rayar el dia,
y aunque yo no sé que pasos
fueron los que dió...

JORGE. Señora,
eso está bastante claro:
querrá que declaren loco
al Baron, y habrá llamado
á toda la curia...

TERESA. Justo:
tú te hallabas en su cuarto
ha poco, cuando á entregarle
vino un papel el notario.

ISABEL. Eso es horroroso!

TERESA. Cierto;
pero ya veis...

JORGE. No es el caso,
segun yo creo, motivo
para semejante escándalo.

TERESA. Y si está loco?

ISABEL. Imposible!

JORGE. ¡Y tanto, señora, y tanto!
Yo que le observo de cerca,
sé á qué atenerme, y si dado
me fuera hablar...

TERESA. ¿Quién lo impide?

JORGE. Nadie... pero...

TERESA. Eres un zángano,
calla.

JORGE. Callo por mi gusto,
que si dijera...

ISABEL. Á tu amo
quieres entrañablemente,
y noble tu interés hallo.
Mas ¿qué has de decirnos, Jorge,
sobre su mal? Quien con datos
puede ilustrar nuestro juicio
es el Doctor. Ve á llamarlo,
Teresa...

JORGE. Si será inútil.

TERESA. Cómo inútil, siendo un sabio?

(Váse Teresa por el fondo.)

ESCENA II.

ISABEL, JORGE.

JORGE. ¿Qué podrá decir el médico
que yo no sepa?
ISABEL. Me extraña
tu empeño; defender quieres
al Baron, y no te agrada
que hable el médico. ¿Qué es esto?
JORGE. Señora, si yo alcanzara
de vos indulgencia...
ISABEL. Siempre
la tuve contigo.
JORGE. Es clara
vuestra bondad; pero ahora...
ISABEL. Te escucho.
JORGE. Pues yo opinaba
que al Doctor no consultáseis
porque yo sé el mal que embarga
al Baron.
ISABEL. Tú?
JORGE. Sí; yo mismo.
Cuando postrado en la cama
se halló con las calenturas,
bien sabeis que me quedaba
á velarle siempre.
ISABEL. Cierto.
Prosigue.
JORGE. Pues bien: en varias
ocasiones, el delirio
le trastornó: como pasa
cuando uno sueña, veía
sin duda horribles fantasmas
que venían á oprimírle
el corazon, pues hablaba
con ellos y les decía:
—«Dejadme; nunca olvidarla

podré; su amor es mi aliento;
su imágen está grabada
en mi pecho.»—

ISABEL. (Con agitacion.) ¿Qué pronuncias?
¿Eso decía.? (Reportándose.)

JORGE. ¿Os extraña?

ISABEL. ¡Oh! no tal... en los delirios (Confusa.)
como en los sueños, asaltan
ideas tan desprovistas
de razon...

JORGE. Si él deliraba
con una mujer... creedme,
es que una mujer le arrastra
há tiempo con su cariño.

ISABEL. Há tiempo dices? (Con extrañeza.)

JORGE. Caramba!
¿Pensais que se pierde el seso
en cuatro dias?

ISABEL. (Me faltan
las fuerzas. ¿Por qué? Lo ignoro.)
(Va á apoyarse en la chimenea, y repara en la pulsera notando la falta del medallon.)
Pero, qué miro? olvidadas
dejé mis joyas anoche
en la chimenea, y...

JORGE. Calla!
Es verdad!

ISABEL. ¡Y aquí no encuentro
el medallon que colgaba
de la cadena!

JORGE. Señora!
qué estais diciendo?

ISABEL. Que falta
el medallon!

JORGE. ¡No es posible!...

ISABEL. ¿Se habrá caido?...

JORGE. No hay nada
en el suelo.

ISABEL. Entónces, álguien...

JORGE. Pero ¿quién? en esta estancia
nadie...

ISABEL. Nadie? (Con duda é intencion.)

JORGE. Oh! Sí! no hay duda!
ISABEL. Qué presumes? (Con anhelo.)
JORGE. Que está clara
la locura que hizo anoche
el señorito.
ISABEL. ¿Y tú lanzas
tal acusacion? No pudo
ser algun otro?
(Como quien dice lo que no cree.)
JORGE. Faltaba,
señora, al secreto que ántes
os confié, una palabra,
un nombre.
ISABEL. (Con rapidez.) ¡No lo pronuncies!
JORGE. ¿La pérdida de esa alhaja
os lo ha revelado?
ISABEL. Ah! Jorge! (Con angustia.)
No sigas!
JORGE. ¿Y si se trata
de salvar al señorito;
si lo que locura llaman
es amor ardiente, inmenso?...
ISABEL. Jorge... (Insistiendo.)
JORGE. Señora... (Suplicando.)
ISABEL. (Con resolucion) Ya basta!
Soy prometida del Conde,
tengo ya con él firmada
escritura de esponsales,
mi madre al morir, palabra
me exigió de que sería
su esposa, y si no bastaran
tales deudas, mi cariño,
mi gratitud á él me enlazan...
olvida, pues, lo que sabes;
de Alfredo el secreto guarda;
sé mudo por su ventura,
y fiel por mi propia fama.
JORGE. Señora... (Con sumision.)
ISABEL. El Doctor se acerca,
déjame con él y calla. (Váse.)

ESCENA III.

ISABEL, el DOCTOR.

DOC. Me habeis llamado, Isabel?
ISABEL. Sí, Doctor, una consulta
os quise hacer...
DOC. He entendido
vuestros deseos: fué ruda
la impresion de anoche: Alfredo
os apena, y...
ISABEL. ¿Su locura
hallais indudable?
DOC. El caso
es tan extraño, que duda
mi espíritu, sin que pueda
formar opinion alguna.
ISABEL. Pero creeis?...
DOC. Lo que creo
es que si el cielo no ayuda
al Baron, está perdido...
ISABEL. Qué decís?
DOC. Aquella lucha,
despues de haber escalado
esa ventana... Su furia
en contra del Conde, todo
como comprendeis, le acusa,
y si su tutor demanda
la interdiccion, su fortuna,
su libertad...
ISABEL. ¡Dios me valga!
DOC. Hoy mismo habrá aquí una junta
de familia presidida
por el Juez; á la consulta
otros dos facultativos
vendrán conmigo, y si juzgan,
oyendo á Alfredo, que es loco...
ISABEL. Mas, no habrá manera?...
DOC. Hay una.
ISABEL. ¿Y le salvaría?...
DOC. Es claro:.

si dice la causa justa
de su extraña accion.

ISABEL. Entónces?

DOC. Entónces de su cordura
certificaremos todos.

ISABEL. Pues bien, Doctor; Dios su ayuda
viene á prestarnos; la causa...

DOC. Isabel, no se me oculta.

ISABEL. Qué oigo!

DOC. De su escalamiento
no me doy razon; más duda
no me queda sobre el móvil
que en sus delirios le impulsa.

ISABEL. Explicaos...

DOC. Temo heriros
si aquí la verdad desnuda
os muestro.

ISABEL. Decidla!

DOC. Alfredo
os ama.

ISABEL. Sabeis?

DOC. Quien busca
al par que las causas físicas
las morales, no da nunca
en error...

ISABEL. Mas en tal caso,
¿qué sospechais?

DOC. Mi segura
mirada penetrar sabe
la conciencia más oculta,
y ella ha leido en la vuestra
pureza, virtud, ternura,
todas las dotes de un ángel:
no temais, pues, que me acuda
la ruindad de la sospecha.
Pero si yo sé que es pura
vuestra conciencia, señora,
hay quien la arguye, hay quien duda,
hay quien tiene celos...

ISABEL. Cómo!
¿El Conde mi honor injuria
de esa suerte?

DOC. Cuando anoche
pidió auxilio, con premura
fatal acudisteis...

ISABEL. Cielos!

DOC. Vuestra voz sonó en la oscura
estancia, y detuvo el brazo
de Alfredo.

ISABEL. ¿Y así se juzga
mi virtud? Él aquí vino,
vedlo, por la miniatura
del medallon que pendía
de esta cadena.

DOC. Su culpa
fué su amor; bien lo pensaba,
su amor que en sima profunda
le va á hundir: es imposible
que él explique ante la junta
la causa de su extravío;
los maldicientes en duda
pondrían vuestro honor.

ISABEL. Pero,
si él salvara!

DOC. Os ofusca
vuestro cariño: si anoche
no quiso de su conducta
dar explicaciones, ménos
querrá ahora; á más, la furia
de los celos, si él hablara
cegaría al Conde, y nula
sería quizás la prueba
sino dañosa...

ISABEL. Disculpa
no tiene pues?...

DOC. No señora:
sólo si vuestra ternura
aplaca al Conde, logrando
que los celos no le induzcan,
y el Baron ante el consejo
se expresa con tal cordura
que le seduce, remedio
puede hallarse ..

ISABEL. Vuestra ayuda

no me faltará?

Doc. Conozco,
señora, la horrible lucha
de vuestro espíritu, y debo
apoyaros.

Isabel. Pues ninguna
ocasion mejor; marchemos
á buscar al Conde.

(Vánse por la primera puerta lateral derecha: entra el Baron por el fondo, profundamente ensimismado, y despues de mirar alrededor avanza al proscenio.)

ESCENA IV.

EL BARON.

¡Dura
es mi suerte! Aquí tampoco
la encuentro; voy como un loco
en pos de ella; su hermosura
es mi norte... ¡Oh! Seguiría
siempre su dulce arrebol,
como sigue el girasol
la marcha del rey del dia!
Otras mañanas, allí,
del parque entre la enramada
era de las flores hada,
de mi paraiso hourí,
yo la miraba llegar
y siempre dudaba al verla,
si como á mujer quererla
ó arrodillarme y rezar.
Hoy no la he visto; tal vez
me esquiva enojada, y siento
temor y remordimiento...
que si entendió mi doblez...
si ofendida... Oh! no hay temor;
yo haré que el amor me abone...
¡No hay mujer que no perdone
las locuras del amor!

Pero qué digo? ¿Ella, acaso,
sabe mi escondido afan?
Sabe que arde aquí un volcan
en cuyo cráter me abraso?
No; decírselo me espanta,
y á cualquier frase imprudente
¡parece que una serpiente
se me enrosca en la garganta!
Por eso su imágen bella
he ansiado tener, por eso,
por expresar con un beso
mi inestinguible querella.
¡Porque esta ruin sociedad
la expansion del alma oprime,
y ella merece el sublime
culto de la soledad!
(En el momento que marca el monólogo, saca el medallon, lo abre, besa el retrato y se queda extasiado contemplándole: entra Jorge por el fondo.)

ESCENA V.

EL BARON, JORGE.

JORGE. (Infraganti le cogí;
mirando el retrato está...)
—Señor Baron!...

BARON. Hé! quién va? (Ocultando el retrato.)

JORGE. Os buscaba.

BARON. Á quién, á mí?
Y para qué?

JORGE. De un recado
tengo que daros razon.

BARON. Dí.

JORGE. Que á vuestro pabellon
volvais: el Conde ha mandado
que permanezcais en él.

BARON. Cómo! ¿Su torpe ruindad
quiere ya de libertad
privarme?

JORGE. Yo cumplo fiel
con decíroslo.

BARON. Graciosa
es la pretension.
JORGE. Yo infiero...
BARON. Ve y responde que no quiero.
JORGE. No le diré yo tal cosa.
BARON. Obedece.
JORGE. Pero ¿y quién
de mi pellejo responde?
¿Quereis, señor, que ante el Conde
pase por loco tambien?
BARON. Qué! Tú dudas?
JORGE. ¡Amo mio!
¿He de tener yo tan poco
seso, que á juzgaros loco
vaya, como vuestro tio?
No! ni él ni toda su casta
me puede en juicio vencer,
y no es que sé comprender,
¡es que sé sentir y basta!
BARON. No sé si tienes razon;
tú eres por naturaleza
árbol de ruda corteza
y de sano corazon.
Pero aunque juzgues con calma,
¿cómo podrás por tí mismo
penetrar en el abismo
insondable de mi alma?
JORGE. Quereis causarme pavor?
BARON. Ni quiero, ni eso me apura,
Jorge, cree en mi locura;
yo estoy loco.
JORGE. Sí, de amor.
BAROM. ¿Qué has dicho? Desventurado!
¿Tan grande puedes tú ser,
que en mi corazon leer
consigas, ó tan menguado
soy yo, que águila altanera,
juzgué que escalaba el cielo
y sólo he tendido el vuelo
al alcance de cualquiera?
JORGE. ¿Y eso con vos me malquista?
Ved que de amor el desliz,

como un grano en la nariz,
salta al momento á la vista.
Ved que yo...

BARON. Mezquina estrella.

JORGE. Hablo, ¡voto á Belcebú!
porque...

BARON. ¡Lo comprendes tú
y quizás lo ignora aún ella!
El siervo entiende al Señor
y el ángel no ha adivinado
ese poema encerrado
en un suspiro de amor!

JÓRGE. Ella, señor, no merece
una acusacion tan cruel.

BARON. ¿Luégo lo sabe Isabel,
lo sabe, y me compadece?

JORGE. Señor... (Confuso.)

BARON. No prosigues?

JORGE. Si,
mas...

BARON. Concluye!

JORGE. Yo en su llama
fío poco.

BARON. No me ama?
Oh! Maldicion sobre tí!

JORGE. Señor!

BARON. ¡Que tu lengua sea
maldita! Si, lo proclamo,
imbécil! ¡Si sabes que amo!
¿por qué impedirme que crea?

JORGE. El cariño me ha impulsado;
quise que la realidad
comprendierais...

BARON. ¡Es verdad!
no tú sino yo el culpado
soy de mi cruel desvarío;
pero me abruma la pena...
¿Si es tan hermosa y tan buena,
cómo no amarla? Dios mio!
¡Y era tan solo amistad
aquella ternura, aquel!...

JORGE. Quién viene?

BARON. Será Isabel.
¡No quiero hablarla!
(Va á salir por el fondo.)

JORGE. Esperad.

BARON. Qué te detiene?

JORGE. Que el Conde
es quien llega.

BARON. Y bien?

JORGE. Os pido
que no lanceis al olvido
su mandato. ¿Quién responde
de su furia si os hallase?

BARON. No importa!

JORGE. Es que contra mí
se volverá! Entrad aquí
(La segunda puerta.)
un momento, y cuando pase
á su habitacion saldremos.

BARON. Como quieras.
(Se deja arrastrar por Jorge, y salen por la segunda puerta lateral derecha. Entra el Conde por el fondo.)

ESCENA VI.

EL CONDE, el BARON y JORGE, ocultos.

CONDE. Ya está todo
preparado: el juez en breve
acudirá; yo mi voto
no daré, mas por mi vida
que ya atrevido, ya loco,
á ese mancebo imprudente
le han de pesar mis enojos.
¿Pero qué intentó escalando
esa ventana? Lo ignoro.
¿Fué contra mí? No lo creo.
¿Fué por ella? Lo supongo.
Oh! pensaría el menguado
no encontrar valla ni estorbo
para hablarla, pensaría
que traidor y cauteloso

podría burlar mis celos...
mas son los celos un monstruo
de dos cabezas, en tanto
que una se entrega al reposo,
la otra vela y no halla sombra
que no penetren sus ojos.
Preciso es, pues, cerciorarse,
pero ella viene.
(Entra Isabel por la primera puerta lateral derecha.)

ESCENA VII.

DICHOS, ISABEL.

ISABEL. Al fin logro
encontraros.
CONDE. Me buscabas?
ISABEL. Sí, tio...
CONDE. Por qué tu rostro
inclinas? Lloras? Qué penas
te afligen?
ISABEL. Señor, son lógicos
mis sentimientos: el lance
de ayer noche...
CONDE. (Con sarcasmo.) Reconozco
tu justa inquietud, fué horrible!
ISABEL. El pobre Alfredo!...
CONDE. Está loco;
no lo dudes, ¿qué otra causa
pudo obligarle? forzoso
es, pues, que ante el mundo explique
su conducta, ó sino...
ISABEL. Todo
fuera bien hecho si al cabo,
ya salvacion, ya socorro,
se le alcanzará, mas temo...
CONDE. Qué, Isabel? (Con prevencion.)
ISABEL. Señor, al sólo
anuncio de las medidas
que habeis tomado, su encono
ha crecido en contra vuestra,

y esa excitacion...

CONDE. ¡Pues cómo?

(Agitado y con rapidez.)

Tú le has visto?

ISABEL. Sé su estado

por el Doctor.

CONDE. De ese modo (Más tranquilo.)

ya ves que es preciso...

ISABEL. Creo,

que si un perdon generoso

le concediérais...

CONDE. ¿Pretendes (Con sequedad.)

disuadirme?

ISABEL. No es escollo

la bondad de la justicia.

CONDE. Y osas rogarme?

ISABEL. Yo encomio

la piedad, más por vos mismo

que por él; yo, bondadoso

os quiero para evitaros

calumnias; yo, en fin, imploro

clemencia, porque me enoja

que en juicio contradictorio

sufra vuestro ilustre nombre

murmuraciones de todos.

CONDE. Te estoy oyendo y me espanto!

¿Qué designio cauteloso

te hace hablar así?

ISABEL Lo he dicho;

vuestro honor, Conde...

CONDE. (Con intencion.) Y no hay otro

afan que te mueva?...

ISABEL. Acaso.

CONDE. ¿Lo confiesas? (Sin poderse contener.)

ISABEL. Vais mi esposo

á ser en breve...

CONDE. (Qué es esto?)

ISABEL. Ni vuestro amor, ni mi gozo

debieran ser empañados

por desdicha alguna.

CONDE. (Con sarcasmo.) Elogio

tu empeño, Isabel, merece.

ISABEL. Llanto y rigor son odiosos
en el festin de la dicha
CONDE. Me amas, pues?
ISABEL. ¿Os causa asombro
que yo cumpla como debo?
CONDE. ¿Es como deber... ó como
cariño?
ISABEL. (¡Cielos, valedme!)
CONDE. No respondes?
ISABEL. Ya en mis ojos
leido lo habreis...
CONDE. Espejo
son del alma, y leo sólo
rectitud.
ISABEL. Es que están turbios
por el llanto, y hasta el fondo
no penetrais.
CONDE. En buen hora;
no insisto; más hallo modo
de que me pruebes tu afecto.
ISABEL. Decid.
CONDE. Pues en testimonio
de amor, dame aquella prenda,
aquel medallon que imploro
de tí hace tiempo, y que ansío
porque está tu bello rostro
encerrado en él.
ISABEL. (Dios santo!)
CONDE. ¿Vas á negármelo?
ISABEL. ¡Antojo
tenaz es el vuestro!
CONDE. Acaso;
mas como prueba...
ISABEL. No es poco!
CONDE. Dámela, pues.
ISABEL. No le tengo
aquí...
CONDE. ¿Qué importa? Muy pronto
te lo traerán. (Toca un timbre.)
ISABEL. (¡Vírgen santa!)
(Aparece Teresa en la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

DICHOS, TERESA.

CONDE. Teresa, entre los adornos
que anoche la señorita
llevó al baile, hay uno de oro
con un medallon, traedlo.
TERESA. Al punto, señor!
(Se dirige á la segunda puerta de la derecha.)
ISABEL. (Me ahogo!
No puedo más!)
(El Baron aparece en el dintel de dicha puerta.)
TERESA. Ah!
(Sintiéndose cogida por el Baron.)
BARON. (Arrastrándola dentro.) Silencio!
CONDE. Mas ¿qué tienes?
ISABEL. Nada, un poco
de jaqueca. (Qué le digo?)
TERESA. Señor Conde...
(Saliendo azorada, pero disimulando.)
ISABEL. (Oh! qué angustioso
momento!)
TERESA. Aquí está la joya.
(El Conde indica á Teresa que se la dé á Isabel; ésta la toma y se la da al Conde.)
ISABEL. (¡Trae el medallon! Mi asombro
no tiene límite...)—Es vuestra.
(Se la da al Conde.)
CONDE. Oh! gracias! Al fin, dichoso
me has hecho. (Tomándola.)
ISABEL. Clemente en cambio
sereis?
CONDE. Pues tanto bien logro,
seré justo, no severo.
¿Qué más quieres? Perentorio
es el tiempo: á las tres deben
venir á la junta todos,
y ésta, ya es imprescindible.
ISABEL. Entónces... (Sobresaltada.)
CONDE. Yo saldré airoso

de mi compromiso; deja
que vea al Doctor, y pronto
tomaré medidas...

ISABEL. Gracias.

CONDE. Gracias á tí. (Mútis.)

(Váse el Conde por la primera puerta de la derecha. Teresa habrá permanecido en el fondo mirando con recelo á la segunda. Al salir el Conde, Isabel dice la primera frase marcada, y en seguida se vuelve á Teresa y la interroga: en el mismo momento salen el Baron y Jorge; éste se dirige á Teresa y se la lleva: el Baron avanza hácia Isabel.)

ESCENA IX.

ISABEL, TERESA, el BARON, JORGE.

ISABEL. (¡Dios tan sólo,
sabe lo que yo he sufrido!)
¿Pero dime, de qué modo?... (Á Teresa.)

BARON. Lo sabreis, Isabel.

ISABEL. Alfredo!

JORGE. (En voz baja á Teresa que se dispone á hablar.)
¡Calla!
y ven conmigo.
(Vánse Jorge y Teresa, por el fondo.)

ESCENA X.

ISABEL, ALFREDO, el BARON.

BARON. Si me fuera dable
expresar mis ocultos sentimientos;
si en vuestro corazon un eco hallasen;
ellos, quizá, bastaran á explicaros
por qué hice mia vuestra dulce imágen;
mas si con ellos la disculpa muere
concededme el perdon: en duro trance
os puse: os escuché; dando la joya
os he salvado, y pues que ya no cabe
ni duda en vuestra fe, ni en mí esperanza

pues ya la muerte á mi razon complace,
vengo á daros mi adios, y al hondo abismo
que han abierto á mis piés voy á arrojarme.

ISABEL. ¡Alfredo, qué decís?

BARON. ¡Qué he de deciros?
¡Que sé que no me amais; que con mortales
ansias, de vuestros labios he escuchado
esa horrible verdad, que el hado infame
me hizo espiar mi propia desventura.
porque muriese, así, como un cobarde!
¿Qué más he de saber? ¿Qué más le es dado
al que le muerde el corazon un aspid,
sino sentir que su letal ponzoña
lentamente en las venas se le esparce?
¡Isabel! ¡Isabel! Vos sois mi aliento,
sois mi razon, mi inteligencia, el ángel
de la esperanza, cuyo casto arrullo
me prestaba valor para salvarme:
sin vos perezco, mi razon vacila,
siento mi inteligencia desplomarse,
siento girar del mundo el torbellino,
mas yo no giro en él, soy un cadáver!

ISABEL. Alfredo, por piedad, no de ese modo
rasgueis mi corazon, no hagais alarde
de cruel, desconociendo mis angustias,
de débil, sucumbiendo á los pesares.
Que he rogado por vos, tal es el hecho,
no en la apariencia, en la verdad juzgadle,
y si me amais, por vuestro amor, salvaos.

BARON. ¿Y qué es mi amor, si su mezquino alcance,
fuego sin llama, el corazon me enciende,
sin que un reflejo en vuestros ojos halle?
¿Qué es salvarme sin vos? ¿Para qué quiero
la luz de la razon? Al que va ahogarse,
sólo sirve la luz para que advierta
todo el horror del piélago insondable!

ISABEL. ¡Oh! me espantais!

BARON. Ignoro si estoy loco;
mas pronto lo estaré; ved... vuestra imágen
quité del medallon al devolverlo...

ISABEL. ¡Qué escucho?

BARON. ¡Siempre la tendré delante:

siempre estará excitando mi cariño,
siempre vuestro desden me hará palpable,
y esa lucha fatídica, rompiendo
de mi dolor el poderoso cauce,
ó acabará con mi razon del todo,
ó bastará tal vez para matarme!

ISABEL. ¿Qué habeis hecho, infeliz? de esa manera
mi sacrificio, mi amargura, en valde
ha sido para todos?

BARON. ¡Sí!

ISABEL. Engañado
tomó el Conde la joya, y cuando estallen
sus justas iras, á los dos á un tiempo
sin tregua acusará.

BARON. ¡Yo sabré darle
disculpas para vos!

ISABEL. ¡Pero es que entónces
os perderán sus celos!

BARON. Y aunque rasgue
mi triste corazon, aunque ante el mundo
mi demente furor haga palpable,
aunque mi libertad y mis riquezas,
con traidores amaños me arrebate,
¿qué me importa, Isabel? Razon, fortuna,
todo es mezquino, todo deleznable;
sólo es inmensa la pasion que aliento,
si vos la recharais, que me anonaden!

ISABEL. ¿Y vos los consentís? ¿Vos, de ese modo
preferís una vida miserable,
ludibrio de las gentes, al respeto
que el genio y la virtud logran captarse?
No, Alfredo, no; sin lucha no hay victoria;
sin triunfo no hay grandeza; y si algo vale
el espíritu humano, es porque puede
acrisolado en el dolor salvarse.

BARON. ¡Palabras, Isabel! Cuando el espíritu
se concentra en un punto, separarle
de su centro, es morir! Sobre la tierra,
¿qué son genio y virtud? Astros brillantes
del cielo de la vida, que se extinguen
si falta el sol que destellar los hace!
Pues bien: vos sois mi sol, sin vos me abismo;

pero decidme que me amais, amadme,
y todas las grandezas del talento,
todo lo que al calor de la fe nace,
todo lo que es reflejo de la gloria,
surgirá en mi razon, como á raudales
el caos inundó la luz primera,
cuando la voz de Dios rasgó los aires!

ISABEL. Oh! Ya no puedo más! Fuera esta máscara
que oculta mis tormentos, que va á ahogarme,
que disfraza mi amor!—¡Os amo, Alfredo!

BARON. ¡Isabel! Isabel!

ISABEL. ¡Os amo! Dadme
palabra de luchar; haced que brille
vuestra clara razon!

BARON. ¿Conque las frases
que allí oculto escuché?

ISABEL. Las pronunciaba
por salvaros no más!

BARON. Oh! Ya gigante
mi fe se eleva y á los cielos toca,
ya soy á la traicion invulnerable,
ya sé vencer! que vengan, los aguardo.
que vengan, sí, que vengan á humillarme
y cenizas hará de su soberbia
el vivo rayo de mi amor triunfante!
(Entra el Doctor por el fondo.)

ESCENA XI.

DICHOS, el DOCTOR.

DOC. Alfredo!

BARON. Doctor!

DOC. La hora
de la sesion se aproxima.

BARON. Ya la ansío.

ISABEL. (Al Doctor.) (Disteis cima
á vuestros planes?)

DOC. (Á Isabel.) (Señora,
cumplí mi deber y espero
que el Conde ceda.)

BARON. ¡Qué hablais?
ISABEL. Nada extraño.
BARON. ¿Os ocultaís
de mí?
DOC. No.
BARON. Pues saber quiero...
DOC. (Singular agitacion
la tuya!)
BARON. ¿Callais?
DOC. No á fe.
Todo se reduce á que
viendo vuestra situacion,
al Conde rogué con arte,
oyó mis juicios sinceros,
y si sabeis defenderos
él cederá por su parte.
Dejad, pues, que informe yo,
y asintiendo vos, quizás...
BARON. Mucho lo agradezco, mas
no debísteis rogar..., no.
DOC. Ved que hay que explicar el hecho
de ayer...
BARON. Sí; mas se resiste
la súplica á quien asiste
completamente el derecho:
para mi triunfo, Doctor,
él las armas atesora.
ISABEL. Oh! Sí.
DOC. (Á Isabel.) (Comprendo, señora:
le ha alentado vuestro amor.)
ISABEL. (Eso juzgais?)
DOC. (Y, tal vez,
si el choque no es muy violento
se salvará.)
BARON. Ya el momento
es llegado. (Con emocion.)
DOC. Aquí está el juez.

(Entran el Conde, el Juez de paz, dos médicos y acompañamiento por el fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el CONDE, el JUEZ, DOS MÉDICOS Y ACOMPAÑAMIENTO de ambos sexos.

El Juez se sienta en medio de la mesa de la derecha: los dos médicos á la derecha del Juez en segundo término: el Conde á la izquierda del mismo en primer término. Alfredo y el Doctor en dos sillas en medio del escenario y dando frente á la mesa. Isabel á la izquierda en primer término; el acompañamiento coronando la escena.

DOC. Señores: al empezar
esta sesion, escudado
con la vénia del juzgado,
debo su objeto explicar.
El Conde d'Herbée, tutor
del Baron d'Olbach, vencido
de razones que ha aducido
por escrito, con dolor,
mas con ánimo tranquilo,
de la autoridad se auxilia,
en consejo de familia
requiriendo á su pupilo.
El motivo es la demencia
atribuida al Baron;
oid, juzgad, y en razon
pronunciad vuestra sentencia.

BARON. (Levantándose.) Señor Juez!

JUEZ. Baron Alfredo,
dispensadme: corresponde
la palabra al señor Conde.

CONDE. De buen grado se la cedo
si el notario esta mañana
le notificó mi escrito,
y explica el hecho inaudito
de anoche.

BARON. (Como contrariado.) Señor, es vana
la diligencia y no asiento;
yo dispuesto estoy á hablar;

pero no puedo explicar
aquel acontecimiento.

JUEZ. Ved que entónces...

CONDE. (Se ha clavado.)

DOC. Esperad: en tal cuestion
deben oir mi opinion
los médicos del juzgado.

MED. 1.° Vuestros datos, los mejores
son á nuestro parecer.

MED. 2.° Cumplir con nuestro deber
sabremos.

DOC. Pues bien: señores,
una explicacion se pide
al Baron, y yo sospecho
que el mismo móvil del hecho
dar la explicacion le impide.

BARON. Oh! Qué decís?

JUEZ. (Al Doctor.) Continuad.

DOC. Cuando un hombre se propasa
á asaltar su propia casa,
y ataca en la oscuridad
á aquel que su frenesí
detiene, está demostrado
que es un loco alucinado
ó es un sonámbulo.

MED. 1.° Sí.

DOC. Pues bien: entre otras razones,
Dupuytren, Esquirol mismo,
distingue el sonambulismo
de las alucinaciones,
En que aquel, sueño inconsciente,
pasa, sin huellas profundas,
en tanto que las segundas
quedan fijas en la mente.
De este modo, si al Baron
cuenta y razon demandais
del suceso, y no lograis
que dé cuenta ni razon,
claro está que hubo un abismo
abierto en su inteligencia;
pero que en vez de demencia
fué no más sonambulismo.

JUEZ. De ese argumento me informo.
Qué opinaís? (Á los Médicos.)
MED. 1.° Ambos á dos
lo hallamos lógico.
JUEZ. Y vos,
Señor Conde?
CONDE. Me conformo.
ISABEL. (Oh! se ha salvado!)
CONDE. Ahora, hablad,
Baron, sobre los extremos
restantes; saber debemos
si la prodigalidad
es justa en vos, ó es manía;
si sentís terrores vivos;
en fin, los facultativos
deben vuestra fantasía
explorar.
DOC. (Al Juez.) Pero en detalle
tal prueba...
MED. 1.° Será segura,
donde existe la locura
no hay lógica que no falle.
BARON. Es cierto; aún no halló la ciencia
para ese mal importuno,
síntoma físico alguno
que demuestre su existencia.
Sólo puesta frente á frente
del buen juicio y la razon
puede la enajenacion
demostrarse fácilmente;
por eso la prueba admito
y me halaga y no me aterra,
¡porque tengo el pie en la tierra
y la mente en lo infinito!
DOC. (¡Oh! Qué exaltacion.)
JUEZ. Seguid.
ISABEL. (La ansiedad me mata!)
BARON. Sea.
Ignoro si es vuestra idea
lucha franca, ó vano ardid,
al pedir juzgué en verdad
mi caridad, mis temores...

¿desde cuándo fué, señores,
locura la caridad?
¿No es bien que el alma sin ceño
á la desgracia se ablande?
¡Qué es la fortuna del grande
si no socorre al pequeño!
Ah! Juzgadme con rigor;
no importa; noble y cristiano
siempre aliviará mi mano
la indigencia y el dolor.

VARIOS. Bien! bien!

BARON. El dolor! Hay séres
que lo detestan, porque
falta en su pecho la fe;
porque hastiados de placeres
sienten que llega con pasmo
la vejez, y su alma impura
jamás lloró de ternura
ni enloqueció de entusiasmo;
por eso entónces. tal vez,
á su egoismo complace,
que la juventud se enlace
con su gastada vejez;
pero al fin sucumbe inerte
la ilusion de sus amores,
que es inútil sembrar flores
en la senda de la muerte.
(Dirigiéndose visiblemente al Conde.)

CONDE. Vive Dios!

BARON. Vedlo: el furioso,
el loco desesperado,
es el rival engañado,
no el amante victorioso.

DOC. (Oh! Callaos!) (Se levantan todos.)

CONDE. ¿Será cierto?

JUEZ. Ved lo que decís.

BARON. (Encarándose con el Conde.) Bajais
la cabeza? ¿Os preguntais
si estoy soñando ó despierto?

CONDE. (Oh, qué idea!)
(Saca el medallon: Alfredo lo observa.)

BARON. Mi ventura,

mi verdad no hareis que ultrajen.
Pero qué ¿buscais la imágen
espejo de su hermosura?
Buscadla, en vano será...

CONDE. (Oh! Me ha engañado!)

BARON. Lo veis?
Es inútil que busqueis,
¡No está el retrato! No está!
Ella á vos os tiene en poco,
ella mi amor ha colmado...

DOC. Basta, Alfredo.

BARON. Soy amado!
Já! já! Y dicen que estoy loco!

CONDE. Oh! señora.
(Dirigiéndose á Isabel con el medallon abierto y sin poder contenerse: Alfredo lo observa.)

BARON. ¿Á dónde vas?
á herirla? Yo soy su amante!
Tengo fuerzas de gigante;
Atrás! miserable, atrás!

ISABEL. Ah! Desdichado!

CONDE. (Conteniéndose.) Delira,
ya lo veis. (Al Juez con aire de triunfo.)

ISABEL. Alfredo! (Levantándose.)

BARON. Qué?
pides auxilio á mi fe?
No temas su estéril ira!
¡Guarda el cielo al amor mio
raudales de calma ignota,
y entre él y nosotros flota
la inmensidad del vacío!

ISABEL. (Oh! ya ni me escucha!)

BARON. Allí
tras las sombras de la muerte
podré sin temor quererte.
¡Ven! (Dirigiéndose á Isabel.)

CONDE. ¡Está loco!

ISABEL. (Desmayándose.) Ay de mí!

CONDE. (Corriendo hácia ella.)
Isabel!

BARON. Atrás! Tus lazos
rompió su reposo eterno!

(Cogiendo á Isabel cuando cae y deteniendo al Conde.)

DOC. (Queriendo separarle.)
Apartad!

BARON. ¡Ni el mismo infierno
la arrancará de mis brazos!!
(Todos se han levantado precipitándose hácia Isabel. Alfredo la sostiene en sus brazos y rechaza al Conde y al Doctor.—Cuadro.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DOCTOR, CONDE, y los dos MÉDICOS en primer término. JORGE en el fondo.

CONDE. No me opongo á vuestro empeño,
Doctor, mas creo que busca
vuestra ciencia en vano; el celo
que mostrais, á grande altura
os pone, y á ser el caso
ménos patente...
DOC. Mis dudas
no por eso son menores...
El Baron razones lúcidas
expuso.
CONDE. Y á pesar de ellas,
por las regiones absurdas
del delirio vagó luégo.
¿Nada os dice aquella lucha
que provocó? Puede darse
mas prueba que la calumnia
de que á Isabel hizo víctima?
MED. 1.° Ciertamente.
CONDE. Y su repulsa

á todos cuando el desmayo?
¿Y, en fin, la tremenda furia
que mostró cuando pudimos
separarle, y que por una
transicion inverosímil
trocóse pronto en profunda
languidez? Qué significa
todo esto? Su locura
no afirmo, mas...

JORGE. (¡Viejo hipócrita!)

CONDE. En tal opinion abunda
el consejo de familia.

JORGE. (¡Buenas personas! ninguna
tiene dos dedos de frente!)

CONDE. Y hasta los médicos juzgan
que es indudable.

MED. 1.° Juzgamos,
y dijimos con segura
condicion, que su demencia
está patente; que justa
la interdiccion de sus bienes
la halla el mismo Juez, y en suma,
que hoy nuestro informe daríamos
sin vacilar; sólo una
deferencia que debemos
al Doctor Frizt, nos escusa
de estenderlo en este instante.

MED. 2.° Mas como es fuerza se cumpla
el plazo que la ley marca,
hoy al dar las tres, en junta
con el Doctor...

CONDE. El informe
dareis?

MED. 1.° Sí.

DOC. Por eso busca
mi ciencia un medio, y os pido...

MED. 2.° Siempre atendible es la súplica
de quien como vos, la ciencia
con alto saber ilustra.

MED. 1.° Seis una especialidad
para estos males, y...

DOC. Nunca

he formulado un diagnóstico
con tanta fe.

MED. 1.° ¿Y la locura
del Baron no hallais visible?

DOC. Tal vez no: me asaltan dudas
fundadas; es innegable
que hay algo que le perturba,
que tiene alucinaciones;
mas ningun síntoma anuncia
desórden en el cerebro.

JORGE. (¡Qué bien habla!)

DOC. De su cura,
si avanza el mal, no se puede
responder; pero mis dudas
están en que, si un momento
la misma angustiosa lucha
de sus impresiones, le hizo
vacilar, eso no anuncia
que esté su razon perdida;
así pues, cualquier astucia
que á la realidad le torne,
puede hacer que á la cordura
vuelva, y si encontrára un medio...

CONDE. ¿Un medio?... Y cuál?

DOC. En confusa
muchedumbre, las ideas
en mi mente se acumulan,
y no sé escoger... depende
esto, de una coyuntura
favorable, de un suceso
imprevisto, de una súbita
inspiracion...

MED. 1.° Mas en tiempo
tan corto...

DOC. Eso mismo impulsa
mi conviccion: si en tan breves
momentos su razon triunfa,
que no hay demencia es palpable.

MED. 1.° Pues hacedlo: fuera mucha
nuestra alegría si hallarais...

DOC. Así lo creo.

MED. 2.° (*Sacando el rel-.*) Es la una:

ántes de las tres vendremos.

DOC. Adios.

MED. 1.° Que *Él* os dé su ayuda. (Mútis.)

(Vánse los Médicos y el Conde por el foro.)

ESCENA II.

DOCTOR, JORGE.

JORGE. ¡Bien, Doctor! Eso se llama
saber de letra. Ni el cura
de la parroquia en el púlpito
lo haría mejor.

DOC. ¿Te burlas?

JORGE. ¿Burlarme de vos? Acáso
no sabeis con qué ternura
quiero á mi amo?

DOC. Sí; Jorge.

JORGE. Pues bien, cuando vos en duda
poneis su demencia, y miro
que la acusacion injusta
que sobre él pesa, con arte
tratais de anular, me cruzan
mil ideas por la mente,
y en fin, con franqueza ruda
os daría mil abrazos...

DOC. Tu fidelidad me gusta
y en ella confío...

JORGE. Gracias;
contad conmigo.

DOC. Pues busca
á Isabel, y sin que nadie
que yo te envío presuma,
díla que hablarla quisiera
á solas.

JORGE. Si os presta ayuda,
de seguro el señorito
se salva.

DOC. Él llega.

JORGE. Me asusta
su cara!

DOC. Cumple mi encargo.

JORGE. Será obedecido. (Mutis.)
(Váse Jorge por la segunda puerta derecha. Entra el Baron con un libro en la mano y profundamente abstraido.)

ESCENA III.

DOCTOR, el BARON.

DOC. Suma
es su abstraccion; no me ha visto,
abismado en la lectura
viene; esperemos.
BARON. ¡La ciencia!
¡la ciencia, siempre confusa,
siempre inexorable! ¡Loco!
Es decir: Muerto! En la cuna
ya por herencia sufría,
luégo sombras... luégo... dudas...
luégo...
DOC. Baron!
BARON. Quién le llama?
DOC. Yo... su amigo...
BARON. ¡Amigo!
DOC. Cierto!
BARON. Alfredo ha muerto, y un muerto
ya ni aborrece ni ama.
DOC. Qué decís?
BARON. Que yace en tierra.
DOC. Pues, y vos?
BARON. No es maravilla!
Soy fuego fátuo que brilla
en la tumba que le encierra!
DOC. Pues yo le oigo hablar.
BARON. Vos?
DOC. Sí.
BARON. Es que en el vacío hueco
de su corazon, un eco
se oculta, y resuena en mí!
DOC. Eso no es posible.
BARON. (Con burla.) No?
¿Y qué hareis vos con negar

si yo le sentí espirar,
si le he dado muerte yo?

DOC. Vos?

BARON. Sí: yo mismo.

DOC. Y por qué?

BARON. Sufría, le dí la mano,
quise salvarle, fué en vano,
le ví loco y le maté.

DOC. (Mucho debe haber sufrido
despues de aquel accidente,
mas no recuerda, ni siente,
Señor! ¿Si estará perdido?)
Alfredo.

BARON. Rezad por él.

DOC. Á eso voy; de mí á la par
quiere una mujer rezar.

BARON. (Maquinalmente.) Quién?

DOC. Isabel.

BARON. (Con emocion.) Isabel?

DOC. Sí: la que pura y hermosa
ángel fué de sus amores
quiere lágrimas y flores
derramar sobre su losa:
quiere con la faz en tierra
decirle su sentimiento...

BARON. Ah! Si él oyera su acento,
aunque la tumba le encierra,
volverían sus despojos
de la vida á los agravios,
por enjugar con los labios
el llanto de aquellos ojos...
Pero en vano es que lo intente.

DOC. Oh! No tal.

BARON. ¿Qué sabeis vos?

DOC. Alfredo!...

BARON. Han muerto los dos,
y ni ella llora ni él siente.

DOC. Recordad.

BARON. (Maquinalmente.) Bien!

DOC. El embate
sentísteis de una pasion...

BARON. Tal vez, más ya corazon

no tengo.

DOC. Sí!...

BARON. (Con inquietud.) ¡Pues no late!

DOC. Lo teneis y está, Isabel,
siempre en él...

BARON. (Creciéndose por instantes.)
Es cierto! Es cierto!
por eso digo que ha muerto
porque está enterrada en él!

DOC. ¿Veis cómo sentís ternura
por álguien?

BARON. (Otra vez maquinalmente.) No.

DOC. No?

BARON. De fijo.

DOC. Y vuestra madre?

BARON. Soy hijo...

DOC. Acabad!...

BARON. ¡De la locura!

DOC. Eso no es cierto!...

BARON. Sí tal,
ella me tendió en la caja,
y me vistió la mortaja
con cariño maternal.
Puso su labio en mi frente,
y al contacto de su boca,
el ánsia voraz y loca
en que me abrasé, clemente
cedió: placer deleitable
sentí, y me quedé dormido
de la region del olvido
en el piélago insondable.
Era aquello otro existir;
dejó el cuerpo de anhelar,
la mente de delirar
y el corazon de sentir.
Dulces horas transcurrieron
de aquel ensueño en los brazos,
hasta que el alma, los lazos
que á la materia le unieron
rompió; y al lanzarse en esa
region por donde camina,
vió con horror la mezquina

cárcel en que estuvo presa.
Inerte y libre de afan
el cuerpo yacía helado,
por siempre estaba apagado
del pensamiento el volcan...
Delirio, ilusion, antojos,
ya en el cerebro no hervian,
y hasta cerrado se habían
sus dos cráteres... ¡los ojos!
Entónces una pasion,
un amor que fué mi aliento
quiso el alma que violento
volviera á mi corazon;
mas mi amor, de muerte herido,
cuando el vuelo quiso erguir,
¡ave fué que va á morir
al pie de su propio nido!

DOC. Oh! Seguid...

BARON. Ya no hay materia...

DOC. Pues no la ha de haber? El alma
qué hizo luégo?

BARON. Luégo, en calma
huyó de tanta miseria.

DOC. Pero adónde huyó?

BARON. Al azar.

DOC. ¿Y no sabeis?...

BARON. Nada sé...

DOC. Baron!

BARON. ¡Dejadme!

DOC. No, á fe...

BARON. Dejadme, quiero estudiar. (Mútis)
(Abre el libro: se pone á leer y se aleja pausadamente por el fondo: el Doctor se queda contemplándole hasta que desaparece.)

ESCENA IV.

DOCTOR.

Infeliz! con su pasion
en lucha nada recuerda
de la realidad; el choque

de ayer le abismó en tinieblas,
y sólo otro choque puede
el velo de la tormenta
rasgar; estoy decidido;
mucho arriesgará mi prueba
pero si Isabel me ayuda...
Además, esa insistencia
que le sume en el estudio
de la locura, demuestra
que contra sí mismo arguye:
ni un sólo momento deja
los libros, y no tocando
al punto de su demencia,
sabrá como todo loco,
hablar con lógica recta.
Valgámonos, pues, de Jorge,
y de este modo... Quién llega?
Es Isabel, no perdamos
ni un momento.
(Entra Isabel por la primera lateral derecha.)

ESCENA V.

DOCTOR, ISABEL.

ISABEL. La órden vuestra
cumplió Jorge, mas se hallaba
conmigo el Conde, y manera
no encontré de acudir ántes.

DOC. Os ha vuelto á pedir cuentas
de las palabras de Alfredo?

ISABEL. Ya la explicacion entera
tiene de lo del retrato.

DOC. Pero, Isabel. ¿No sospecha
vuestro amor? No le habeis
dicho?...

ISABEL. Su empeño no se doblega
por nada, y si mi cariño
manifestase, más ciega
su venganza, abrumaría
á Alfredo.

DOC. ¿Si ya completa

es su locura, en qué puede
ensañarse? Isabel, cerca
está el instante supremo:
con rapidez la demencia
oprime al Baron, y sólo
en lucha franca y abierta
puede impedirse su marcha.

ISABEL. Qué escucho?

DOC. Una conferencia
con él he tenido ahora;
las más extrañas quimeras
le inducen, apenas siente,
y poco ó nada recuerda;
sólo vos...

ISABEL. Yo!

DOC. Vuestro nombre
en su corazon despierta
una emocion, un latido
que hay que aprovechar...

ISABEL. Me aterra
su desventura.

DOC. El remedio
está en vos; sois su existencia,
sois su razon, y es preciso
que, rompiendo las cadenas
que al Conde os ligan, de Alfredo
procureis la dicha eterna.

ISABEL. Oh! ¿Qué decís?

DOC. Que de un modo
indudable y claro, sepa
Alfredo vuestro cariño;
que le deis patente muestra
de que vais á ser su esposa...

ISABEL. Doctor!

DOC. Y que esto le hiera,
directamente, con ímpetu,
sin rodeos, por sorpresa,
apareciendo vos misma
á su faz, con la vehemencia
de una pasion contrariada,
que al fin todo lo atropella.

ISABEL. ¿Qué me pedís? Vírgen santa!

cómo ante el Conde, sin mengua
de mi dignidad, afronto
esa situacion suprema?
cómo decirle... «Prescindo
de gratitud, de promesas
de compromisos solemnes,
de tantas sagradas deudas
como á vos me ligan? Y esto
cuándo? En el dia en que llegan
por un lado los presentes,
las galas y las preseas
para la boda, y por otro
se recibe la dispensa
del Pontífice...

DOC. Y Alfredo?

ISABEL. Ah! infeliz! ¿Por qué tu ciega
pasion, fijó su ventura
en esta mujer, en ésta,
que va á ser de otro... y te adora,
que quiere negarse y tiembla!

DOC. Valor, Isabel! el alma
es como la madre tierra;
para que frutos produzca
herirla en su seno es fuerza.
¿Debeis engañar al Conde?
¿Debeis dejar que perezca
el hombre que en vos adora,
el sér á quien ya no queda
más esperanza en el mundo
que vuestro amor?

ISABEL. Y aunque quiera
salvarle ¿de qué me sirve?
¡Ah! vos no estais en la horrenda
realidad! Tal vez el Conde
ha comprendido la empresa
que intentábais, y me ha dado
órden de partir...

DOC. ¿Se empeña
en perderle? ¡Oh! sí!

ISABEL. Ya todo
está dispuesto: Teresa
va conmigo y pronto el coche

me aguardará: á cinco leguas
de esta posesion habita
una lejana parienta
del Conde y mia; á su lado
quiere que el tiempo que resta
hasta la boda.,..

DOC. Imposible!
ese viaje es la sentencia
de Alfredo.

ISABEL. ¡Y tambien la mia!

DOC. Negáos á partir y sea
esforzado vuestro espíritu;
que él los obstáculos venza,
y Alfredo y vos...

ISABEL. ¿Pero cómo
negarme? Muda obediencia
debo al Conde, como á un padre.

DOC. Isabel! Estais resuelta
á confesárselo todo?

ISABEL. ¡Oh! sí!

DOC. Pues yo haré que ceda
en lo demás...

ISABEL. Es posible?

DOC. Ya lo vereis... Él se acerca
y nada deciros puedo...

ISABEL. Pero, Doctor...

DOC. Con firmeza
oponeos á ese viaje,
yo volveré, y si se empeña
en que partais, juro al cielo
que he de humillar su soberbia! (Mútis.)
(Váse por el fondo y entra el Conde por la primera puerta lateral derecha.)

ESCENA VI.

ISABEL, el CONDE.

ISABEL. (Dadme fuerzas, Dios mio!)

CONDE. (Mi presencia
ha esquivado el Doctor... y ella... Qué es esto?)
Isabel, te buscaba; ya en el coche

debe Teresa estar; llegó el momento
de tu partida.

ISABEL. Pero tal premura...
tal precipitacion!

CONDE. No es vano empeño,
es cruel necesidad, ya te lo dije,
tu honor reclama que despues del hecho
aquí ocurrido, del Baron te apartes;
yo sé que en nada me faltó tu afecto;
mas tu presencia interpretarse puede
en mengua de los dos, y yo no quiero
que blanco sea de la vil calumnia
la que va á unirse á mí con lazo eterno.
Fuerza es que partas pues...

ISABEL. Nunca mi labio
osó contradeciros; mis deseos
límite hallaron siempre en vuestras órdenes,
mi gratitud y mi cariño dieron
norma á la voluntad, y ántes que indócil
me arguyera su voz, supo mi pecho
luchar con decision inquebrantable
y humillarse con ánimo sereno.

CONDE. Lo sé, pero á qué viene?

ISABEL. Mi obediencia
os expongo, señor, para que al ménos
disculpa encuentre quien siguió sus pasos
si una vez, nada más, deja de hacerlo.

CONDE. Te opones á partir? Lo presumía!
Ocultos en la sombra del misterio
esa intriga, tal vez, habeis tramado
tú y el Doctor.

ISABEL. La salvacion de Alfredo
es nuestro fin.

CONDE. ¿Y pretendeis salvarle
excitando su amor? Qué arbitrio necio
es ese que combate las pasiones
lanzando combustibles en su fuego?

ISABEL. La ciencia en él confía.

CONDE. Torpe argucia.
No es la ciencia quien habla, no es su anhelo
quien impulsa tu voz.

ISABEL. Dudais?

CONDE. No dudo!
¿Cómo dudar, si mis airados celos
ven claramente tu traidor desvío?
¿Cómo dudar, si bajo el ruin pretexto
de una ilusoria curacion, palpita
el ardor de livianos sentimientos?

ISABEL. ¡Eso no, señor Conde! Mi alma es pura
como el azul profundo de los cielos,
y ni á la ira, ni al rencor, que empañen
su inmaculada explendidez consiento!

CONDE. ¿Y aún á negar te atreves?

ISABEL. ¡La mentira
no cupo en mí jamás! De vos defiendo
mi virtud, no mi amor...

CONDE. ¡Conque le amas?

ISABEL. No me lo pregunteis...

CONDE. Quiero saberlo!

ISABEL. ¡Pues no lo adivinais! Este delirio,
esta solicitud, este afan tierno
que por él se respira en mis palabras,
y en mis acciones, y en mi solo aliento,
¿de qué será si de mi amor no es hijo?

CONDE. ¡Isabel, Isabel!

ISABEL. Ah! Yo no debo
engañaros, señor; infiel llamadme,
mas no traidora: mi amoroso anhelo
he tratado de ahogar, lo he combatido,
he buscado su muerte en el silencio,
la gratitud que á vuestros piés me rinde,
de Alfredo me apartó, mas era Alfredo
desgraciado, lloré; y es en nosotras
prenda de amor el llanto que vertemos.

CONDE. Me has engañado, pues? mis beneficios,
mi afan por tu ventura, mis desvelos,
todo es mezquino y despreciable al lado
de una pasion demente?

ISABEL. No; mi pecho
torpe sería si olvidar pudiera
lo que os debe, señor... Mas ¿cuándo premio
fué la amante inquietud de las mercedes?
No es el amor deber, es vivo incendio
que de una chispa nace, y más avanza

sin más combate su bravura el viento.
Mi cariño hácia vos, existe, es santo,
es mezcla de dulzura y de respeto,
es el cariño que se tiene á un padre,
es la expansion con que se estima al bue no
pero ese impulso lánguido y ardiente,
que arrastra el corazon, que turba el sue ño
que hace anhelar un mundo de ventura...
¡Matadme si quereis! Mas es de Alfredo!

CONDE. ¡Oh! Basta ya! Tu labio su sentencia
de pronunciar acaba, ya no tengo
más bien que la venganza, y por vengarme
todo lo arrostraré.

ISABEL. Señor...

CONDE. Tus ruegos
más mi rencor avivan! En salvarle
piensas? Pues bien: su salvacion no quiero.
Obedéceme y parte.

ISABEL. Nunca!

CONDE. Tratas
de arrostrar mi furor?

ISABEL. Vos su remedio
no negareis á un desgraciado...

CONDE. ¡Necia!
¿Cuándo han tenido compasion los celos.

ISABEL. Señor!...

CONDE. Ni una palabra: parte al punto.
(Aparece el Doctor por el fondo.)

ESCENA VII.

DICHOS el DOCTOR.

DOC. Esperad, señor Conde...

CONDE. ¡Vive el cielo!

ISABEL. (El Doctor!)

CONDE. Qué significa
lo que decis? ¿quién se atreve
á impedir lo que yo mando?

DOC. Quien si ve que desatienden
sus súplicas, en los fueros
se amparará de las leyes.

CONDE. Señor Doctor.
DOC. Señor Conde,
esta ocasion es solemne
y teneis que decidiros;
un hombre que el juicio pierde
auxilio pide, mi ciencia
debe dárselo, presente
necesito á esta señora...
Conque ó vuestro empeño cede,
ó yo en la ley escudado,
y con mi derecho fuerte,
á pesar de vuestras iras
sabré cumplir mis deberes.
CONDE. Ni tal derecho os asiste,
ni yo temo que se alegue,
ni con violentos alardes
mis decisiones se vencen:
la ciencia habeis invocado,
mas respeto no merece
ciencia que á intrigas de amores
se presta tan fácilmente;
conque, ó vuestro empeño ceja,
ó yo, en mi derecho fuerte,
sabré hacer que, á pesar vuestro,
cumpla Isabel sus deberes.
DOC. Bien está. ¿Quereis la lucha?
CONDE. La quiero.
DOC. Pues ved si puede
mi poder contrarestarse...
señores, pasad.
(Dirigiéndose á la puerta del fondo por la que entran el Juez y los dos Médicos.)

ESCENA VIII.

DICHOS, el JUEZ y los DOS MÉDICOS.

CONDE. ¿Qué aleve
intriga?...
DOC. De un pobre loco
quiero la razon estéril
fecundizar: una prueba

intento, que darle puede
salvacion, y ántes que el plazo
de incapacitarle llegue,
toda prueba es admisible
en aquel que le defiende.

JUEZ. La ley su concurso os presta.

CONDE. (Oh! rabia!...) Y qué medio es ese
de que tanto hablais sin darnos
la... explicacion?... me parece
que el misterio en tal asunto...

DOC. Ya saben lo suficiente
el señor Juez y los Médicos.

CONDE. Pero yo...

DOC. Tambien se os debe
una aclaracion, y es ésta:
para curar á un demente,
que por las llamadas *causas*
de evolucion, sintió el gérmen
despertar de la locura,
ó hay que herir violentamente
su manía, ó por reflejo
de su mismo mal, hacerle
que con él luche; ambos medios
trato de emplear, y es este
el motivo de que todos
cuantos se encuentran presentes
sean aquí necesarios.

CONDE. Mas por tal senda, juguete
vamos á ser de un capricho
necio y ridículo...

DOC. Á veces
cosas que parecen fútiles
inmensa importancia tienen.

JUEZ. Así es: y esta señora...

CONDE. Pretendeis que represente
alguna farsa?...

JUEZ. No hay farsas
donde yo estoy; y pues pende
la recta razon de un hombre
de lo que aquí debe hacerse;
pues esto ningun agravio
hace á nadie, si consiente

ella en prestarnos su ayuda...

ISABEL. ¡Oh! sí á fe.

(*Aparece Jorge en la puerta del fondo y se adelanta hácia el Doctor.*)

ESCENA IX.

DICHOS, JORGE.

JORGE. Señor...

DOC. Qué quieres?

JORGE. Ya he cumplido vuestras órdenes.

DOC. Y tu amo?

JORGE. Muy en breve
vendrá aquí...

DOC. Pues necesito
que os alejeis.

CONDE. Ántes debe
vuestra ciencia asesorarnos.

DOC. De todo cuanto concierne
á mi objeto, estos señores
os enterarán.

MED. 1.º Fielmente
servido sereis.

JUEZ. Salgamos.

DOC. (*Á Isabel estrechándole la mano.*)
(En vos fío.)

ISABEL. Dios os premie. (*Mútis.*)

(*Vánse todos por el fondo ménos el Doctor y Jorge.*)

ESCENA X.

DOCTOR, JORGE.

DOC. Sigues firme en tu propósito?

JORGE. Sí, señor; pero me hiere
otra duda.

DOC. Cuál?

JORGE. El juego
es peligroso, tenerme
que fingir loco! ¿y si al cabo
por fingirlo me sucede?...

Doc. Nada temas; no hay peligro.
Jorge. Pues lo que es yo... francamente,
no las tengo muy seguras;
ya veis...
Doc. Y eres tú el que quiere
tanto á su amo?
Jorge. Eso es cierto,
arrostraría la muerte
por él...
Doc. Puesto esto es mas fácil.
¿Recuerdas bien lo que debes
hacer?
Jorge. Sí.
Doc. Mas ten cuidado;
tú oyes lo que yo; tú sientes
conmigo; lo qué yo vea
ves tambien; y estando siempre
en la idea que ya sabes,
cuando esta señal hiciere...
(Sacando el pañnelo y pasáadosele por los labios.)
Jorge. Diré y haré de las mias?
Doc. Eso es... pero aquí viene
el Baron, siéntate y calla.
Jorge. Pues señor... ya estoy demente.
(Se deshace el nudo de la corbata, se encrespa el pelo, y se sienta junto á la mesa. Entra el Baron por el fondo con un libro en las manos, y avanza hácia la izquierda. El Doctor se queda en medio de la escena ocultando á Jorge.)

ESCENA XI.

DICHOS, el BARON.

Baron. Quién llamó al Baron?
Doc. Yo fuí.
Quiero hablarle.
Baron. Y para qué?
Yo soy su sombra.
Doc. Lo sé;
pero él aún alienta?
Baron. ¡Oh! ¡sí!

Aún se conmueve; aún delira
aún siente afan de vivir;
aún no sabe distinguir
la verdad de la mentira;
aún con tenaz insistencia,
vedlo aquí, pretende en vano
sondar el profundo arcano
de esto que se llama ciencia;
y que no da solucion
á este problema que pasma,
¿es la locura un fantasma,
ó es un sueño la razon?

Doc. Quién lo sabe?

Baron. (Arrojando el libro sobre la mesa.) Yo lo sé,
yo, que al abismo he bajado
y el caos he iluminado
con la antorcha de mí fé.
La razon no es más que un mito,
un símbolo que se crea
para que exprese la idea
de lo justo y lo infinito;
pero oscura, vaga, informe,
esa idea universal
no define un ideal,
en nada se halla conforme,
juzga su saber profundo,
y se desdice despues...
¡Sólo la locura es
reina y señora del mundo!

Doc. El hombre tiene pasiones,
mas si errores le acompañan,
la razon...

Baron. Cuando se bañan
en luz nuestras ilusiones;
cuando sueños de ventura
finge el amor en su ardor,
entónces ¿qué es el amor,
sino una dulce locura?
¿Si hay quien por cálculo vicia
el honor, por qué en su afan
por demente no le dan?...
El que alienta la avaricia,

el que nos hiere á traicion
¿que está loco no evidencia?
¡El crímen! ¡Eso es demencia!...
¡La virtud! Eso es razon!

DOC. Juzgais la parte moral,
no la física y latente.

BARON. Juzgado físicamente
no hay nadie loco.

DOC. Sí tal:
puedo poneros un caso
sin que mi mente lo forje.
¿no es honrado y bueno Jorge?
pues está loco.

JORGE. (Ya el paso
comenzó.)

BARON. Qué decís? Bah!
Eso no es cierto...

DOC. Sí es cierto.
Vedlo... ¡Jorge! (Llamándole.)

JORGE. Jorge ha muerto.

BARON. (Vivamente impresionado.)
¡Oh!

DOC. Ya veis.

BARON. Sí... loco está.

DOC. Esa manía merece
que en él nos fijemos.

BARON. (Maquinalmente.) Sí...

DOC. Es tan rara...

BARON. Rara? Á mí
muy natural me parece.

DOC. Por eso recurro á vos;
el estudio de la ciencia
os hace ya en la demencia
especialista... y los dos
podríamos... Jorge, ven...
(Jorge se levanta y se acerca.)
(Al Baron.) Preguntadle á ver si siente...

BARON. ¿De qué has muerto?

JORGE. De repente.

BARON. Y... cómo estás?

JORGE. Estoy bien.

BARON. (Asombrado.) Esto es casi lo que digo

cuando vos... Ah! ven aquí.
(Como si encontrara una idea salvadora.)
¿Hablan los muertos?

JORGE. ¡Oh! sí;
yo tengo un amo, un amigo,
que muerto ha dado en creerse
y hondas cuestiones entabla.

BARON. Mas si ha muerto, cómo habla?

JORGE. Como yo... por distraerse.

BARON. No es posible!

DOC. Ved que vos
la prueba en contra le dais;
¿no habeis muerto? y aún hablais?

BARON. (Confesándolo con dificultad.)
Cierto.

JORGE. Pues ya somos dos.

BARON. ¡Qué es esto?

JORGE. (Estoy en un potro!)

BARON. Eso que dice es mentira!

DOC. Sin duda... pero delira,
y aún dá en otro error...

BARON. En otro?

DOC. Sí á fe... ¿Sabeis quien se casa
hoy?

BARON. No, ni me importa.

DOC. Pues
la que hoy se casa...

BARON. (Con alguna curiosidad.) Quién es?

DOC. La hija del montero...

BARON. (Maquinalmente.) Blasa...

DOC. Esa misma...

BARON. ¿Y bien, si es esa...

DOC. El pobre Jorge ha creido
que quien toma otro marido
es su mujer.

BARON. Quién? Teresa!

JORGE. Ay! sí.

BARON. Pero eso á mi ver
es un necio absurdo...

DOC. Cierto;
mas como cree que ha muerto...
no se quiere convencer.

BARON. Entónces...

DOC. Muy pronto va
á cruzar el parque todo
el nupcial cortejo, y modo
esto proporcionará,
para que, cuando él delire
y crea que quien se casa
es Teresa, vos á Blasa
le hagais ver...

BARON. ¿Y si aunque mire
se empeña en negar tambien?...

DOC. Movedle con vuestros ruegos,
que los locos, no son ciegos,
y comprenden lo que ven.

BARON. (Con indecision.)
Probaré...

DOC. Ved con qué afan
(Jorge á una seña del Doctor se ha aproximado á la ventana del primer término.)
en la ventana se fija;
sin duda ha visto á la hija
del montero...

JORGE. ¡Oh! sí, allí están!...

DOC. (Cumplieron mi encargo; en él
fío.) Ved que se anonada...
(Al Baron.)

JORGE. ¡En traje de desposada
la veo allí...

DOC. (Ya Isabel
en el parque entró.)
(Mirando con disimulo por la ventana.)

BARON. Su estrella
es bien triste, y en tal caos
no sé...

DOC. ¿Vacilais? Llegaos,
hacedle ver que no es ella.

BARON. Esa no es Teresa...
(Haciendo un esfuerzo, pero con temor.)

JORGE. ¿No?
¿Pues quién ha de ser?

DOC. Delira;
hacedle que mire...

BARON. Mira,
esa que pasa es...
(Aproximándose á la ventana.)

DOC. Quién?

BARON. (Fijándose y mirando.) ¡Oh!
¿Me será la vista infiel?
esa desposada... esa
¿quién es?... ¿quién es?

DOC. Es Teresa...

BARON. ¡No! mentís! ¡Es Isabel!
¡Es ella!... Va con el Conde,
¡va á ser suya! ¡mi amor vende!...
Isabel!!! Ah! no me atiende!
¡Isabel!!! No me responde!...

DOC. Como habeis muerto, ese afan
nada puede conseguir...

BARON. No ha muerto quien siente hervir
dentro del pecho un volcan!

DOC. El alma de vos huyó...

BARON. Mentís! El alma la adora,
la idolatra...

DOC. Mas no llora
su pérdida!

BARON. (Con terror.) Oh! no! ¡eso no!

DOC. Por qué?

BARON. Porque no me aterra!
porque se la he de quitar,
aunque la vaya á ocultar
en el centro de la tierra!
(Se dispone á salir, pero ántes vuelve á mirar por la ventana.)

DOC. ¿Qué intentais?

BARON. Rayo del cielo!
¡Ya no está allí, ya mi alarde
será inútil! Nunca es tarde
para henchir de sangre el suelo!
¡Si es suya, tiemble la infiel!
(Va á salir por el fondo y el Doctor lo detiene.)

DOC. ¡Oh! Deteneos!

BARON. (Forcejeando.) ¿Quién osa?...
¡Dejad! Ah!
(Aparece Isabel en la puerta del fondo vestida con

traje nupcial y seguida por el Conde, el Juez y los Médicos: Alfredo se vuelve desasiéndose del Doctor que le impédia la salida, y se encuentra frente á frente con Isabel que se adelanta tendiéndole la mano.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ISABEL, el CONDE, el JUEZ y los DOS MÉDICOS.

ISABEL. Yo soy tu esposa,
yo te amo ¡Alfredro!
BARON. ¡Isabel!
ISABEL. Por tí he vestido estas galas;
tú eres de mi amor el dueño.
BARON. Vas á ser mia. ¡No sueño!
Ah! ¡No! Ya tiende sus alas
mi razon! Ya la verdad
brilla con todo su encanto,
y este llanto... Ay! dulce llanto,
tú eres la felicidad.
(Se deja caer en un sillon y llora. Isabel se sitúa á su lado.)
DOC. (Á los Médicos.) Ha llorado... se salvó,
acercaos.
MED. 1.° Es muy cierto.
DOC. Vedlo... Baron... ¿y aquel muerto?
ha resucitado?
BARON. ¡Oh!
Doctor, de aquella locura
no hableis... cerróse mi herida.
¿Quién reniega de la vida
en brazos de la ventura?
Todos mis dolores doy
por Isabel al olvido.
ISABEL. ¡Oh! Alfredo!...
DOC. (Al Conde.) Estais convencido
de su curacion?
CONDE. Lo estoy;
y en prueba...

(Va á adelantarse hácia Isabel, y Alfredo y el Doctor le detienen.)

DOC. (Qué vais á hacer?)

CONDE. (Debo ésta farsa sufrir
más tiempo?)

DOC. (Y podeis seguir
pretendiendo á esa mujer?
¡Oh! nunca!)

CONDE. (Unirse los dos!)

DOC. (Al Conde.)
(Que al fin la virtud os cuadre!)

CONDE. Casaos.

ISABEL. Vos nuestro padre
sereis. (Los dos abrazan al Conde.)

BARON. (Al Doctor.) Oh! sí! Pero y vos?

DOC. Vuestra dicha y mi conciencia
son mi premio y á él me ciño.

ISABEL. Añadid nuestro cariño,
nuestra gratitud...

BARON. La ciencia
no es vuestro solo blason,
sino ese gran corazon
que nuestra ventura ha hecho,
y unió en mí con lazo estrecho
LA RAZON Y LA PASION.

(Estrechan la mano del Doctor afectuosamente. El Conde se aleja como indicando que cede á todo. Alfredo al decir el último verso mira apasionadamente á Isabel y estrecha su mano. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Haroldo el Normando................	3	D. José Echegaray.....	Todo.
Historia de un crímen................	3	H. Giner de los Rios.	»
Juan Martin el Empecinado.	3	Sres. Ferrer y Cuartero.	»
La estátua de carne.................	3	Cester y Puch......	»
La Institutriz.........	3	D. E. Navarro Gonzalvo.	»
La razon y la pasion.................	3	Bedmar y Valcárcel..	»
La realidad del honor.................	3	M. Valcárcel.	»
Lo que no ve la justicia.	3	J. Fernandez Bremon	»
Mujeres que maton y mujeres que mueren.	3	Antonio Opisso......	»
Problema..........................	3	E. Gaspar..........	»
Sor Teresa ó el claustro y el mundo....	3	E. Vidal............	

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Á la pradera..........................	1	D. L. Arnedo.........	M.
Arriba y abajo........................	1	Sres. Granés, Navarro y Reparaz..........	L. y M.
Artistas á cala	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
Bou-Amema...........................	1	Sres. Cuartero y Gomez.	L. y M.
Buscando un yerno.	1	D. M. Sabater.........	M.
Dos Tenorios del dia.	1	Sres. Bolumbar y Rubio.	L. y M.
El mejor postor......................	1	D. R. L. P. de Guzman.	L.
El sonámbulo Ramon................	1	C. Mangiagalli......	M.
En el viaducto.	1	Tomás Reig........	M.
Fiestas de antaño...................	1	Sres. Caballero, Navarro y Nieto........	M y $^1/_2$ L.
Frascuelo...........................	1	Sres. Palanca y Rubio..	L y M.
La salsa de Aniceta..................	1	D. R. Liern............	L.
La vida en un tris...................	1	M. L..............	L.
Los dos cazadores...................	1	Sres. Caballero y Nieto..	L. y M.
Los feos............................	1	M. F. Caballero.....	M.
Los parientes del difunto.............	1	Giner, Utrilla y Mang.	L. y $^1/_2$ M.
Los sietemesinos....................	1	Cárlos Mangiagalli..	M.
Picio, Adan y Compañía.............	1	Liern y Mangiagalli..	L. y M.
Quien no tiene padrino..............	1	Sanchez y Rodrig...	L. y M.
Un par de lilas.....................	1	D. C. Mangiagalli......	M.
Un sueño de gloria..................	1	Sres. Lasso y Taboada...	L. y M.
Una corrida de toros por Costillares. ..	1	Sala Julien y Siguert.	L.
Variedades.........................	1	D. C. Navarro.	L.
Cibeles y Neptuno..................	2	Sres. Liern y Rubio...	L y $^1/_2$ M.
Teoría y práctica...................	2	D. E. Zumel y Taboada.	L. y M.
La farsanta.........................	3	M. F. Caballero. (Mt.)	M.
Los amores de un Principe...........	3	Sres. S. Julien y Siguert.	L. y M.
Los hijos de Madrid.................	3	Larra y Cereceda...	L. y M.
Los mosqueteros grises..............	3	D. F. de Perez Cabrero.	(Wals.)
Mantos y capas.....................	3	J. Santero..........	L. y M.
Rosa de mar........................	3	Puente y Cereceda..	L. y M.
La niña bonita......................	3	Sres. Larra y Caballero..	L. y M

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4, y *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 25.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.